

NOMBRES PROPIOS

José Luis González Vera

ÍNDICE

Rafael Peralesp.	3
Sergio Aguilerap.	9
Julia Lezop.	19
Charlesp.	23
Doña Encarnación Romerop.	24
Ana Líbarp.	29
Eduardo Filartp.	34
Luis Carlosp.	50
Amós Berenguerp.	51
Alejandro Corderop.	54
Amable Saavedrap.	55
Bermúdezp.	58

Rafael Perales

Esquelético, con la dentadura inclinada al interior, cetrino más que moreno, y los hombros arqueados hacia fuera, sazónaba poca gracia en sus conversaciones siempre sobre asuntos relacionados con el trabajo, o los últimos programas populares de televisión. Un hombre demasiado metódico para que atrajera a otra mujer excepto la que condujo a los altares. La existencia sosegada de quien tras muchos años obtiene un bolígrafo recubierto de oro, regalo de su empresa. Disfrutaba, sin embrago, con los celos que esclarecía en su esposa.

-Pues ha llegado una empleada nueva a la oficina –punzaba cuando Rosa servía la comida-. Una chica muy agradable –alzaba un bocado con gesto serio.

-¿Qué tendrás tú con esa? Porque ya es la segunda vez que me lo dices. –La señora se retiraba a buscar algo.

-Pero qué cosas tienes, Rosita mía. Eso no es cierto, yo no te he contado nada.

-Si no te acuerdas, porque no sabes ya ni lo que dices, peor para ti. Se ve que tienes asuntos en los que pensar. –Arrojaba sobre la mesa un plato de boquerones fritos.

-¿No te sientas mujer?

-No. No tengo ganas. Cenaré mañana.

Tras un par de horas, el ritual concluía con unos besitos y la frase lapidaria de Rosa: “¡No son nadie las mosquitas muertas esas!”. Rafael se sentía como un rajá arropado por la favorita de su exiguo harén.

Los humanos continuaríamos subidos a una rama en África si disfrutásemos con lo que se nos ofrece al paso de las horas. Como homenaje a los ancestros nos obligamos a explorar el más allá; que el paisaje diferencie los días. El hombre es movimiento a imagen de sus relojes. Uno dormita pacífico en el sofá y, de pronto, lo asalta la angustia porque morirá algún día y, por ejemplo, nunca fue pescador de altura. El aguijonazo, de

compleja sanidad y difícil quiebro. Si la víctima realiza los delirios inducidos por esa ponzoña, permanecerá en calma durante años, incluso, toda la vida; de otro modo, se encadena preso de una alucinación crónica, sumido en el sueño de un pretérito imaginario que evoca en cada rato ocioso, atunes entre redes que nunca existieron, junto con fauces de tiburón; el paciente babeará ante el fantasma de mujeres exuberantes expuestas en esos puertos a los que nombra el prestigio de lo exótico; y, lo que es peor, flagelará a cuantos lo rodeen con narraciones sobre sus deseos imposibles en las que se exhibe un saber sobre esos temas adquirido en reportajes de revista dominical.

Rafael retozaba cuando su aguijonazo lo sentenció como cónyuge mustio preso de un matrimonio con demasiada virtud; obsesionado por el intercambio de pareja como estímulo para el deseo, convergió todas sus energías hacia una misma hazaña. Existen personas que piensan cuantas novedades les presenten; con igual criterio dilapidan horas remirando un par de calcetines de rebajas, o si aceptan un cargo superior. Su anverso se cifra en esos caracteres que comienzan con facilidad caminos de final dudoso, también reflexivos, pero incapaces de que las elecciones desplieguen ante su paso los espejismos del sendero. La ilusión ciega al relámapago. Quizás nos rodeen esos tipos calculadores de inconvenientes en proporción justa con quienes cierran los ojos ante el salto.

La compra de una cámara de fotos digital inició la aventura; los ensayos revolviéron costumbres domésticas con enseres que Rafael contemplaba desde el balcón. Una noche en que cumplía la costumbre de la cópula quincenal introdujo la máquina entre el juego.

-¿Qué te importa? Si esto no lo veremos más que nosotros, mujer.

-Que me da vergüenza, te digo.

-Venga, ponte así ¿Ves? Mira, la foto inmediata. Mira. ¿Ves?

-Pues salgo fatal, no me gusta nada.

-La borro. Ya está. Venga, Rosita, maquíllate, venga, bonita, anda ¿Qué más te da? Si lo hago para divertirnos.

Rosita arguyó después menos inconvenientes. Había sido educada por su madre en la firme creencia de que lo que un hombre busca por las esquinas lo que no encuentra en casa, cedería, pues, a los pequeños caprichos del marido cuyas veleidades se incrementaron conforme aprendía los misterios de los programas informáticos para colorear, modificar y perfeccionar las imágenes. Apenas los dos niños abandonaban la casa, Rafael prestidigitaba ante su esposa un tanga, un vestido de encaje, un disfraz de criada con encajes a la altura del pubis, un pene de goma, incluso, dos de diferente textura y tamaño. Ecllosionaron las imágenes: en la cama penetrada por su marido y un juguete, en el sofá realizando una felación y pintada como una prostituta de estampa costumbrista; con medias y tres falos según voluntad del coreógrafo; en fin, las sorpresas fueron a más y la vida sexual de los Perales tomó un rumbo tan feliz como inimaginable para quien los conociera, pero el aguijonazo no cesaba su comezón.

Rafael Perales recibió un curso para empleados sobre la navegación y uso de Internet; durante aquellas clases, un compañero le aconsejó una página pornográfica gratuita; allí se exhibían, por orden alfabético de seudónimo, las fotos de parejas, tríos o señoras que enviaban los propios usuarios; además, a través de aquel pasillo se accedía a un salón virtual para quienes buscaran el intercambio de parejas, o de materiales gráficos más explícitos. Cuando las sesiones erótico-domésticas destaparon su monotonía por reiteración, a Rafael se le ocurrió encender el ordenador y descubrió ese nuevo mundo a Rosita. En contra de lo que él imaginaba, ella mostró una gran curiosidad por las modelos, los distintos enlaces y los comentarios soeces y laudatorios que los viajeros electrónicos escribían sobre las mujeres allí expuestas. Rafael condujo con disimulo la mano hasta la entrepierna de su mujer, que seguía leyendo en la pantalla

como si buscara una receta para comida de aniversario; Rafael introdujo su dedo por la vagina excitada igual que cuando los primeros escauceos con la maquinaria venusina; tras unos segundos, besó su cuello y gozaron ante el ordenador con un ímpetu sorprendente para ambos. En pocos días, las fotos de Rosita espoleaban a cuanto navegante descubriera aquella página; no se ofendía por los textos sicalípticos remitidos a su correo acerca de sus pechos, su magnífico culo o la preciosidad de su pubis rapado, último hábito suyo; así lo presentaban todas las porno-divas y aficionadas que aparecían en la Red. A los cinco meses de haber iniciado este juego, Rafael le propuso que visitaran cierto bar de copas.

-¡Pero qué vergüenza! ¿Y si no sabemos qué hacer allí?

-Bueno, mujer, se trata de mirar, comprobamos si nos gusta aquello y ya está.

-¿No te importaría verme con otro?

-Yo qué sé mujer. ¡Qué preguntas haces! Una cosa es que te acostaras con alguien sin que yo lo supiera y otra, esto; es una especie de carnaval; los dos nos disfrazamos de lo que no somos. Yo te quiero, tú me quieres y los matrimonios necesitan complicidad, novedades; lo que estamos haciendo, cariño. –Rafael, como un gato meloso, mordió el hombro de Rosita a la vez que le acariciaba los pezones.- Además, ya sabes el éxito que tienes, amorcito. –Rosita se tumbó en la cama.

Tras enviar a los niños con su abuela materna, el matrimonio Perales se lanzó hacia la Costa en busca de sensaciones experimentales protegido por lencería comprada la ocasión. Rafael conducía abstraído en unos tenues espasmos estomacales originados por una mezcla de incertidumbres, miedo y excitación sexual. Llegaron al “Sirius”, en Fuengirola. Cuando abonaron la entrada, una rubia madura con formas redondeadas, Fani, la dueña, los recibió como solícita anfitriona, orgullosa de su establecimiento. Un local amplio y elegante, con pistas de baile oscuras, saloncitos con luces rojas y camas,

piscina, bañeras y un buen número de clientes, muchos de los cuales se acariciaban entre las sombras. Los inquietó aquel ambiente. Fani, tras indicar a uno de los camareros que les sirviera una copa, apareció con una pareja; al principio, ella condujo la conversación, surtida de anécdotas y risas; luego, cuando el alcohol provocó sus efectos, los cinco intervinieron con mejor ánimo y desparpajo. Fani propuso un baño de espuma; allí, comenzó a acariciar a los dos hombres, luego a las dos mujeres; vencida la vergüenza inicial, los cuatro culminaron sus deseos bajo la supervisión de aquella domadora circense.

El regreso transcurrió silencioso. Rosita había chillado de placer, mientras que alguna dificultad eréctil y eyaculatoria de su cónyuge hubo de ser resuelta por la anfitriona con bastantes dificultades. Una experiencia desagradable; el aguijonazo de Rafael se manifestó nefasto; de esos aguijonazos trampantojos que sólo conducen a la tristeza, incluso, a la ruina. No podía olvidar los gemidos de Rosita; con él nunca brotaron con tal volumen; exclamaciones leves tras el acto, pero poco más.

La convivencia se enrareció. Rafael fue deslizándose por el barranco de un desatino que le inducía al recuerdo del otro en cada postura, en cada gesto de Rosita, en sus ojos cerrados o en sus novedosos ayes de diva. Los celos surgen y veloces calan raíces alimenticias en el jardín de nuestros complejos personales. Rafael comenzó a comportarse de un modo inconveniente en el trabajo, padecía episodios de ausencia aunque hablara con el director de su departamento; los informes, redactados a trompicones, henchidos de anacolutos, errores e incongruencias no llegaban a tiempo. Sus superiores lo sancionaron; aquella empresa facilitaba el despido a quien no la satisficiera aunque ostentara el galardón de empleado ejemplar sobre la solapa.

Rafael perdió el control. Huía durante la media hora del desayuno para comprobar dónde se encontraba su esposa; además, adquirió artilugios que registrasen

todas las llamadas telefónicas recibidas aunque fueran borradas de la memoria electrónica. Apenas dormía y cualquier comentario de su señora o hijos ocasionaba una grave discusión. Esos trastornos mentales eran soportados por Rosita, pero no se atrevía a hablar de las causas de tanta amargura. El equilibrio psíquico de Rafael cayó. Se escapaba del trabajo durante más de tres horas para espiar a Rosita. Desbocada su irrealidad, olvidó la cita con un importante cliente al que, como desagravio, atendió uno de los ejecutivos generales. Cuando regresó, tras una bronca con Rosita por su excesiva conversación con el frutero, lo aguardaba en su mesa una orden de traslado inmediato a un puesto de inferior categoría y retribución, en la pequeña sucursal de un pueblo a ochenta kilómetros de su domicilio. Peor que un despido.

Aquella tarde, Rafael destrozó el ordenador doméstico a golpes y arrojó la pantalla desde la terraza hasta el asfalto, por suerte sin más consecuencias. Ante aquel episodio de locura, la policía escoltaba al médico de urgencias, un chico frágil y menudo, recién salido de la facultad frente a su primer caso difícil. Lanzó por delante a agentes con porras y subalternos con la camisa de fuerza; fue el último en entrar con su jeringuilla cargada de tranquilizantes, cuando ya Rafael se revolvía por el suelo como lombriz presa de la trampa. Chilló, como nunca lo había hecho, que se marcharan de allí, que no estaba un loco, que Rosita era una puta y que Rosita era una santa, que Rosita lo perdonara y que Rosita se hundiera en el infierno. Un agujonazo letal.

Sergio Aguilera

El abuelo de mi amigo Rodri se casó con la cocinera de uno de aquellos prostíbulos de la posguerra, una adolescente poco agraciada pero con unas manos angelicales, sobre todo, para la chacina y los callos con garbanzos. Sergio Aguilera, sargento del cuartel comarcal de la guardia civil en el año mil novecientos cuarenta y uno, visitaba con mucha frecuencia la “Pensión de doña Frasquita. Huéspedes estables”, nombrado lupanar allí en Coín. En aquella comarca lejos de su Rioja natal, aún luchaba el ya vencido ejército de la II República Española fraccionado en grupúsculos, incluso guerrilleros solitarios, a los que los vencedores menospreciaban como a facinerosos. Zona de bandoleros fue su destino. El sargento Aguilera había querido ser ebanista desde pequeño, pero su padre Don Sisebuto “El manco”, lo obligó a que ingresara en el ejército a pesar de que se libró en el sorteo de quintas; entre su parentela, nadie había vestido uniforme con dignidades; un par de curas, uno de ellos con proceso de beatitud abierto en Leciñana de la Oca (Álava), y poco más. La empresa carpintera de la familia era un buen negocio que surtía de barricas, toneles y bocoyes a la mayoría de las grandes bodegas riojanas. “Esta familia necesita sables y entorchados. Basta de sotanas y trajes de pana negros”. Solía decir su padre, tras beber un par de litros de tinto, y justo antes de caer derrumbado sobre la mesa del salón. La madre lloraba y rezaba a Sor Patrocinio, santa no reconocida por la Iglesia, a la que ella había aprendido a venerar en un raro libro de vidas ejemplares que espiritualizó su adolescencia. Con los años, casi olvidó del todo el leer y escribir por su entrega al hogar.

Inmerso en una de sus borracheras, D. Sisebuto llegó dando tumbos al taller donde Sergio, con la garlopa, se obstinaba en alisar las juntas de un barril. “Como si lo hubiera creado así la misma naturaleza”, se decía con la lengua entre los dientes. Era un miniaturista que disfrutaba del olor a madera curada que desprendía aquel oficio.

Tras la cal de la pared, después de muchos años, aún se filtraba alguna marca de la sangre que salpicó cuando la mano de don Sisebuto fue amputada por una cortadora mecánica.

-Ponte la chaqueta. –Dijo bamboleándose.

-¿Dónde he de ir, padre?

-Donde tenías que haber ido ya hace tiempo.-Una sonora bofetada concluyó el diálogo.

Los demás operarios se quedaron mirando en silencio. Sergio agachó la cabeza y comenzó a andar.- Tira ya para adelante. –Conminó el padre con los dientes apretados.

Anduvieron en silencio un buen rato por las calles del casco antiguo de Logroño. Llegaron a un establecimiento militar que había tenido múltiples usos a lo largo de su historia, desde polvorín, durante el último asedio francés, hasta caballerizas para las mulas de los cuerpos de cazadores de montaña. En su puerta, se leía un cartel escrito a mano con una caligrafía muy afectada por volutas y vocales pseudo-góticas: “Banderín de Enganche”.

-Entra ahí y no vuelvas a casa hasta que no seas un hombre. –El padre aún parecía un tentetieso-. Toma, cien pesetas, por si te surgen gastos. Si regresas sin un sable, ni medallas, te desheredo. Así que tú verás lo que haces.

Tres legionarios fumaban junto a una mesa sobre la que algunos papeles y un tintero resaltaban la rudeza de su talla. Callaron cuando Sergio llegó. Uno de ellos entornó los ojos como si mirara al horizonte, apuró una colilla y con las manos entre el cinturón, se acercó hacia él como si lo desafiara.

-¿Qué buscas aquí, chico?

-Quisiera alistarme.

-Aquí sólo sirven los hombres ¿Estamos? –Se encaró el legionario-. Los afeminados pueden quedarse con sus madres o en la cama de su chulo. ¿Sabes lo que es esto, chico?

-El legionario llevaba dos botones negros en la guerrera. Sergio negó con la cabeza-. Son dos medallas negras. Tipos a los que maté a duelo con mis propias manos porque eran unos maricones parecidos a ti. Así que ándate con ojo si vas a vivir con nosotros. Ahora, no eres nadie. Si quieres estar con nosotros, serás un caballero legionario que morirá con honor porque para eso entras aquí, para morir. Así que piénsalo antes de firmar, porque ahora estás bajo las faldas de tu madre; si firmas, estás bajo el mando inmediato de mis cojones. Ahí tienes todavía la puerta de la calle.

-Quiero firmar. -Dijo Sergio.

-¿Sabes escribir y leer? -Sergio asintió-. Muy bien; dadle a este los papeles. Se viene con nosotros para Sevilla esta misma noche. -Los otros dos legionarios no hablaban; serios y rígidos, uno entregaba a Sergio un papel, mientras otro rebuscaba en un gran bolsón de tela verde depositado en el suelo.

El legionario que lo recibió se acercó con las manos atrás.

-Pon el nombre que quieras, a nosotros nos da igual ¿Comprendes? Ahora eres otro y, a partir de ahora, vas a tener dignidad para lo único que tienes que hacer por tu patria, obedecer y morir. No se te olvide firmar, o poner la señal que quieras, debajo de la fecha: doce de marzo de mil novecientos treinta y seis. Muy bien, ya eres un caballero legionario. Yo soy el cabo Hortaleza. -Sergio no pudo articular palabra porque recibió del cabo una patada en los testículos que casi le hizo perder el conocimiento. El suelo estaba húmedo y frío pero tumbada la cara sobre él sentía algún alivio.- Levantad a este mierda y que se ponga el uniforme sólo con camisa. Y tú, mierda, ya sabes quién es el cabo Hortaleza.

Con veintitrés años, al finalizar la Contienda Civil, Sergio había ascendido a sargento legionario por méritos de guerra, lucía la Cruz Laureada de San Fernando y cerraban su chaqueta tres medallas negras, una de ellas por la memoria del cabo

Hortaleza, al que mató un par de horas antes del asalto final a Badajoz. El mismo general Millán Astray intervino para que permitieran a Sergio ingresar en la guardia civil, encomendado de un servicio especial como era su deseo, lejos de Logroño, adonde nunca regresó por más que sus padres se lo rogaron por escrito.

Cuando no cabalgaba la Sierra de Monda con su tropa, a Sergio, el sargento Aguilera, le gustaba ir al burdel, siempre de paisano. Era bienvenido; su presencia alejaba, según doña Frasquita, las trifulcas incontroladas de los falangistas que, en un arrebató místico, podrían arruinar aquel refugio. Rara vez se acostaba con una mujer “El civil”, como le apodaba Paqui “La Corteña” con quien tanto se reía; en muchas ocasiones, se limitaba a charlar sobre las faenas del campo y las viñas con Meli, “La Sincoles”, criada en una casona rural de Toro. Al héroe de la cruzada nacional le encantaba ocupar en aquel salón los pocos ratos libres de que disponía, hablando y bebiendo lo conveniente.

Una mañana de niebla espesa y frío, la patrulla se replegó antes de lo previsto. En el cuartel, la esperaban para la noche y nadie cocinó para los guardias solteros. “Véngase a mi casa, mi sargento” le insistió el cabo Matías. Sergio había aprendido de sus años legionarios a no confraternizar con los soldados más allá de lo imprescindible. Escrito su informe, se dirigió donde Doña Frasquita, que tardó un buen rato en sentirse tranquila; creía que la hora inusual de la visita y el uso del uniforme se debían a la intención de detenerla, o de arrestar a alguna de sus pupilas. El sargento Aguilera almorzó rodeado por seis prostitutas. Repitió la ración de cocido; cayó en la cuenta de que llevaba muchos años comiendo rancho militar o latas. Había olvidado el sabor de los caldos que su madre preparaba, el aroma de la madera doblegada mediante el fuego de serrín, o el sueño profundo y reposado tras cada día de labor dura. El recuerdo es mal amigo de los solitarios. Alabó a la cocinera su buen gusto; le preguntó dónde había

aprendido a guisar, y recibió respuestas evasivas a las que él no quiso dar mayor trascendencia. Tan importante como saber es saber ignorar. Le resultó simpática aquella chiquilla chatorra, delgada y poco agraciada, Tere “La piconera”. Alguna vez, se había cruzado con ella en las escaleras de la pensión. Llovía con fuerza y el sargento pidió un café; doña Frasquita ordenó que le pusieran uno de los de verdad, de ése que traía de estraperlo un maquinista de tren, muy amigo de “La Corvía” y que usaba como pago a los servicios prestados por esta chica, famosa por su beso francés. Aguilera rogó un aguardiente para celebrar el café. En la chimenea, crepitaban las gotas de agua que se colaban con la ventolera. Tere llegó con la botella de orujo y el sargento le indicó que se sentara.

-Mi familia es de muy cerca de aquí, mi sargento –Le contaba Tere, mientras Aguilera daba pequeños sorbos al tazón sin dejar de mirar a sus ojos, como si la interrogara. De vez en cuando, ella fijaba la vista en el suelo-. De un pueblo muy cerca de Ronda, de Teba. No sé si usted lo conoce. Teníamos un campo, una huerta al lado del río. Mi madre murió cuando yo era chica y me encargué de la cocina, junto con mi Rosario, mi hermana mayor que me enseñó todo lo que sé ¡Tenía unas manos! ¡Hacía unos gazpachos, unas sopas de rape! Era la alegría de la casa.

-¿Qué le pasó?

-Murió –Agachó la cabeza Tere.

-¿En la guerra? –Tere asintió- ¿Los rojos? –Negó- ¿Los nacionales? –Tere callaba- ¿Qué pasó, pues? –Ella tragó saliva.

-Mi padre se juntaba mucho con el boticario del pueblo, un señorito venido de Granada, Don Faustino Ríos-Puente. Cuando acababa la faena, por la tarde, después de merendar fuerte, como a él le gustaba, cogía la mula y se iba al pueblo, a la botica. Mi padre no iba a las tabernas, como los demás y, desde que se murió mi madre, apenas hablaba. A

él sólo le gustaba irse con Don Faustino y, en verano, era fácil verlos pasear al atardecer por el pueblo, o por el camino de la huerta. El pretendiente de mi Rosario decía que Don Faustino no era trigo limpio, que venían gentes desde Ronda y hasta desde Málaga a verlo y a hablar con él, que en el pueblo se decía que era anarquista y que sabía fabricar bombas, por eso venían a verlo gentes extrañas. Mi Rosario le regañaba, pero mi padre agachaba la cabeza, callaba y se iba. Mi hermana lloraba y rezaba a la Virgen. El pretendiente hasta la dejó. Don Faustino se fue a Málaga porque había salido de algo de político, pero yo no sé qué era. Lo que sé es que cuando empezó la guerra, los falangistas quemaron la farmacia de Don Faustino y mi padre se refugió en el monte. Vinieron a la casa a buscarlo y le pegaron a mi hermana delante de nosotras. Eran del pueblo. Lo rompieron todo y arrancaban los mechones de pelo de mi hermana a tirones. Uno dijo “dejadme a esta tía que yo la entiendo” y le pegó con la pistola en la sien. Mi hermana abrió así la boca como para gritar, pero no dijo nada, se cayó al suelo. Los falangistas se fueron. A los pocos días después del entierro volvieron por nosotras.

-¿Cuántas erais?

-Seis hembras. El único varón murió muy chico. Volvieron. Nos llevaron a la plaza del pueblo y allí estaba mi padre muerto, echado sobre un mulo. No nos dejaron acercarnos a él. El que mató a mi hermana y otros dos nos raparon y sacaron las pistolas para decirnos que nos marcháramos del pueblo. Que éramos las hijas de un rojo. Fuimos andando por los caminos y un camión nos trajo hasta Coín. Aquí me recogió Doña Frasquita. Mis otras hermanas se fueron a Málaga; por un pescadero que viene de vez en cuando, sé dónde para una de ellas; de las otras no sé nada. Doña Frasquita no podía recoger a más, vaya que la señalaran de desafecta. Se quedó conmigo porque necesitaban una cocinera.

Tere miraba al suelo. Su tono de voz monocorde mitigaba el dolor a la narración. El sargento Aguilera, muy serio, dio el último sorbo a la copa de aguardiente y se despidió con mucho respeto. Tere creyó haberlo ofendido en algo.

-Los hombres son muy raros –la tranquilizó doña Frasquita- y los hombres como él siempre llevan algo roto aquí dentro. -Se señalaba el pecho.

-Pues una mujer no será -añadía “La Corvá”- porque ése las veces que ha subido conmigo, he visto que no sabía nada de nada. De mujeres nada. Con fulanas habrá estado en África y por toda España, que tampoco creo que haya estado con muchas; pero con decentes, ninguna. Por eso tiene esa mala leche que tiene. El otro día me contaron que pilló a dos en la sierra y para que dijeran dónde se escondían los suyos, ordenó que pusieran la cabeza de uno contra una piedra y él mismo se la reventó con otro peñasco. Es malo, os lo digo yo.

-Cállate, niña, que nos vas a buscar una ruina como te oigan, desgraciada –Dijo Doña Frasquita con el puño cerrado.

Transcurrieron dos meses sin que Aguilera acudiera a la mancebía. Un camión se detuvo de noche ante el hostal. Los falangistas, junto con el cura del pueblo, descendieron con varios bidones de gasolina. Llamaron a la puerta como si quisieran echarla abajo. Abrió doña Frasquita con cara de miedo y todas sus pupilas detrás de ella. Algunos hombres escapaban por el muro del patio trasero. Habló el jefe de la escuadra.

-Tú y las tuyas tenéis dos días para iros de aquí. En la España de Franco, no queremos putas. Mira lo que llevamos –señaló los bidones-. O en tres días estáis fuera del pueblo, o le pego fuego a esta casa con vosotras dentro. ¡Zorras! ¡Arriba España! –El grupo entero, incluido el sacerdote, gritó al unísono alzando la mano. Montaron en el vehículo, mientras dos de ellos escribían insultos en las paredes de la casa. Cuando se marcharon,

Doña Frasquita dijo con un gesto de hielo: “Arreglad las cosas que mañana nos vamos”. Compuso la toquilla sobre los hombros y subió a su habitación.

Una semana después del exilio a Málaga del destacamento hetaira de Doña Frasquita, Aguilera regresó de la sierra con una grave herida en la rodilla. La comandancia general había articulado una gran batida que pretendía acorralar a los maquis desde distintos acuartelamientos del lugar y perseguirlos hasta hacerlos confluír sobre un único paso entre Coín y Alhaurín el Grande; el mando de aquel final de embudo se confió a Sergio, guardia de reputado nombre como estratega y hombre de guerra. El sargento respondió a las expectativas de sus superiores y llegó, incluso, a la lucha cuerpo a cuerpo, junto con los escasos hombres que la obnubilación patrioter de los oficiales había previsto para capturar al desbaratado ejército de la República. Durante el enfrentamiento a golpes con un miliciano, recibió una puñalada en el menisco que le desgarró la rótula y lo hizo caer, aunque tuvo tiempo de descargar la Luger, regalo nazi, sobre el pecho de su extenuado contrincante. Aquella operación supuso un fracaso y una matanza provocada por el desprecio hacia los vencidos, a los que ya no quedaba otra cosa que perder, sino su muerte de pie. La parafernalia triunfante franquista había enviado a sus peones a un sacrificio evitable con que hubiera ofrecido una salida a quienes huían. La noche anterior a la refriega, Aguilera no durmió, revisó el armamento de su escasa y mal pertrechada guarnición que había tenido que requisar comida a los campesinos de los cortijos cercanos. Cuando amaneció, ordenó que todos se asearan con esmero, les pasó revista, como si estuvieran a punto de desfilar. Les hizo resguardarse y comprobó los parapetos, cogió el sable colgado en su mula y esperó de pie y delante de las líneas defensivas, la llegada de los primeros perseguidos que arrastraban, ya, muchos días de acoso y penurias. Alguien recordó una imagen parecida de Prim que regalaban los “Chocolates López” en 1925. Fue el primero

en caer herido, pero con más suerte que la mitad de sus soldados que sucumbió durante los sucesivos y desesperados ataques nocturnos de quienes se sabían acorralados y buscaban la dignidad de sus derrotas.

Sergio Aguilera fue dado de alta cinco meses más tarde en el Hospital Militar de Málaga. El mismo Millán Astray acudió a verlo a la cama pocas horas después de que le amputaron la pierna; la suciedad de la herida y el tiempo que tardó en ser curada no permitieron a los médicos salvarla. Entre el delirio de la fiebre y la somnolencia de la morfina, recordaba que un hombre tuerto y enjuto como una calavera, vestido con uniforme de la legión, le decía: “Has cumplido y por eso la patria te lo agradece. Un militar tiene que saber morir. Aquí te dejo mi retrato firmado, muchacho.” Luego, un beso en la frente y un olor a linimento que permaneció en el aire, a pesar de que aquella figura se había disuelto hacía rato. Tras el aseo, el desayuno y la inyección de calmante, las monjas le colocaban con esmero todas las medallas, de modo especial la última, sobre la camiseta blanca al, ahora, alférez honorífico Sergio Aguilera, mutilado de guerra con derecho a pensión vitalicia.

Cuando salió del sanatorio, la visión de las casuchas del barrio de La Victoria le parecía irreal, de un blanco tan fuerte que dañaba la vista. Hacía mucho calor y los jóvenes novicios que bajaban canturreando desde el cercano Seminario otorgaban un aspecto de mortuorio salino a una ciudad que, al fondo, bullía tranquila a los pies de su catedral marinera, coja como él. El asistente que Millán Astray le había asignado durante dos meses se acercó con un automóvil de gasógeno, adornado por banderines metálicos de la legión. Sergio Aguilera se quitó las medallas con que habían adornado su chaqueta de hilo gris. Dio un codazo al soldado cuando intentó ayudarlo a entrar en el coche.

-¿Hacía dónde vamos mi alférez?

-¿Cuál es la casa de platos donde mejor se come en esta ciudad?

-Dicen que la de Doña Frasquita, mi alférez.

-Pues vamos.

Julia Lezo

Sus relaciones con los hombres enunciaban un problema complejo. Nunca rechazó a nadie de cuantos se le acercaron. Julia ofrecía orgasmos para recibir, si no amor, cariño al menos. Su conversación, cuando el primer encuentro, funambulaba por los círculos de sus labores como cajera en una sucursal bancaria, o sus métodos particulares para la contabilidad de ingresos y gastos; de vez en cuando, recordaba anécdotas y repetía la de un drogadicto iluminado, encarnación del Espíritu Santo, cuyo don desmaterializaba su cuerpo corrupto para que atravesase los cristales blindados. La sangre de nariz y frente inundó el depósito de las monedas. Julia, además, se sumergía con insistencia en un ramaje de datos, fechas, colores y sucesos laterales que adormecían al oyente entre su destreza para que las manzanas al horno no quedasen blanduchas, algún truco para eliminar la grasa de los rincones de la cocina, y otras cualidades domésticas. Sin embargo, sus piernas, pechos y minifaldas despertaban el deseo de compañeros que acudían desde otras oficinas para que les concediera una noche. Diosa del tedio agraciada por una escultura eterna.

Julia respondía amable y empática a los mensajes que le comunicaban la ruptura de las incipientes relaciones amorosas, siempre basados por los otros en el bienestar de ella y la amistad que, a partir de ese momento, fructificaba sólida entre ambos que, incluso, no impediría quizás, cuando las condiciones anímicas lo permitiesen, un futuro encuentro conmemorativo. Tras cada final, se acostaba frente al televisor muchas horas durante las que emergían sueños luctuosos junto a figuraciones de novicia en convento.

Por consejo de unas amigas, Julia fue a una psicólogo cuando cumplió los treinta y siete. Tras cinco meses, apenas avanzaban en la cura; el laberinto de su charla abatía las sesiones.

-Pues anoche conocí un chico en “El Level”, un bar, por cierto, muy agradable para gente de nuestra edad. No me gustan los locales que se llenan de niños, o con la música que no permita la charla. Mis amigas me llevaron allí. Yo me fijaba en él, pero no quería mirarlo demasiado para que no se asustara porque estaba solo y ya sabes cómo son los hombres, mucho gallo pero se intimidan por nada. –Risotadas-. Luego, me acerqué porque habíamos puesto los abrigos sobre un taburete y él, sin querer, les dio con el codo y se cayeron; el mío, por suerte, quedó encima, el de mi amiga Lola Berrocal, la que trabaja en Hacienda, acabó en el suelo, debajo de todos los demás y se manchó de un líquido pegajoso y aroma dulce, como restos de licores. El muchacho fue muy amable y me ayudó a recogerlos. Muy guapo, con una media melena negra y perilla. Un aspecto muy moderno. Me enseñó un tatuaje que le cubría el tobillo, una letra china sobre un escudo tribal. Dijo que lo ideó en un viaje a Praga. La verdad es que me atrajo mucho eso de que estuviera tatuado; una vez me acosté con un chico que se tatuó un lobo en el pecho. La experiencia con él fue maravillosa.

-Espera, Julia, un momento; vuelve a explicarme cómo era el chico.

-¿El del lobo?

-No, el otro.

-Pues de mi altura, un poquito más bajo quizás; muy moderno, así, con media melena y perilla, delgado, vestía pantalones de cuero, una camisa morada y el tatuaje en el tobillo.

-¿Te dijo en qué trabajaba o a qué se dedica? No es bueno para ti que vayas con alguien del que desconozcas sus datos.

-Sí. Me explicó que gestiona los negocios de un primo suyo y resuelve trámites burocráticos en general. Le aseguré que le encargaría la renovación de mi carné de conducir; caducó y no me di cuenta. Me contestó que lo tramitaría con mucho gusto, que fuese a verlo a su oficina.

-Bueno y cuéntame. ¿Cómo fue la noche?

-Pues muy bien. Bailamos. Luego fuimos a otro bar, el “Trifásico” y charlamos sobre muchas cosas. Muy agradable. Allí me dijo que debía marchar, que lo había pasado muy bien conmigo, que yo le gustaba mucho y me dio su número de teléfono para que nos reuniéramos la semana próxima. A mis amigas les desperté mucha envidia porque les parecía muy guapo y educado. Quedamos en que nos llamaríamos el miércoles.

-Veo que te gusta y eso es importante para ti, Julia. Así que considero necesario que me visites el jueves. ¿Te viene bien?

Aquel tipo soportaba con fortaleza el bucle de conversación de Julia. Las amigas, con estrategias tácitas, se retiraron hacia la otra esquina. Sonaban melodías comerciales de moda.

-¿Qué tal ayer con ese chico, Julia? –Preguntó su psicóloga con gesto serio.

-Muy bien, doctora. Un encanto. Nunca me he sentido tan comprendida por un hombre. Además parece muy tolerante. Le conté muchas cosas de mi vida; no sé, recuerdos sin importancia de mi niñez, mi trabajo, y él me escuchaba. Siempre he tenido la impresión de que los hombres no me atendían; sólo me soportaban hasta acostarse conmigo para huir luego; excepto aquel cajero de la 116 de Marbella que volvió a llamarme, pero estaba casado.

-Julia, céntrate en lo que estás contando, en la noche de ayer.

-¿Sabe, doctora? Hablamos mucho. Me aconsejó sobre los enfoques de la realidad; a veces parecía psicólogo.

-¿Le comentaste que asistes a mi consulta?

-No. Verá...me dio vergüenza. Temía su reacción; no todo el mundo comprende estos problemas. Hace mucho que no espero a mi príncipe azul, pero quisiera encontrar a

alguien con quien compartir buenos momentos juntos. Actos cotidianos como pasear, ir al cine, o beber un té en compañía.

-Los demás tienen que aceptar tus defectos para que cualquier relación nazca con posibilidades de éxito. Sé sincera si os encontráis otra vez.

-Sí. Hemos quedado el martes próximo.

-¿Y el fin de semana?

-Viaja con su madre. Me dijo que vivía con su madre, por eso no pudimos llegar a más ayer; se preocupa cuando no aparece por casa a una determinada hora.

-¿A qué te refieres con que no llegasteis a más?

-Bueno, tras la segunda copa nos besamos. ¡El martes quién sabe!

-Bien, Julia, entonces nos citaremos el lunes próximo. Convendría que abordásemos algunas cuestiones. ¿Te parece?

Durante el fin de semana, Julia flotó entre los algodones de las tiendas de ropa y los efluvios de las perfumerías. Aquellas braguitas leves le endulzaban su figura sobre el amuleto de unos nuevos tacones de cristal. El domingo disfrutó mascarillas dermatológicas, laca de uñas, depilatorios y tintes para el pelo. Abordaría el martes con el artesonado de tres días previos.

-¿Qué tal tu fin de semana, Julia?

-Muy bien, doctora.

-Disculpa un momento. –La doctora abrió la puerta. –Pasa –dijo hacia fuera-. Julia, te presento a Álvaro, mi novio, aunque ya sé que no necesitáis presentación. Julia, abona la factura a mi enfermera, como comprenderás no puedo seguir tratándote.

Charles

Como un decorado de neblina, recuerda los mimos de su madre junto a un osito de peluche blanco dentro de la cuna. Algo cambió. Nochebuena. Charles entra en casa y un fuerte olor a ácido le llega desde la cocina; mamá se bebió el coñac con que hierve la carne; como casi todos los días, lo ha vomitado. No está bien su estómago. Papá también se acostó hace rato; ronca con fuerza desde su mundo de sueños tormentosos; papá también bebe, más en fechas señaladas. Charles coge algo del frigorífico y enciende la tele; sube el volumen para no oír la de los vecinos. Pronto se quedará dormido sobre el sofá. Otra Nochebuena en su calendario adolescente. Por la mañana, sus padres aún tardarán en despertarse. Prefiere ir a la calle; desde hace unos años, los comercios abren todos los días y la Navidad es más divertida, dentro se está calentito y las chicas vestidas de rojo ofrecen porciones de turrón.

Doña Encarnación Romero

El confesor reiteró que no era su pecado. Aquellas palabras la alentaron y, tras la misa, regresó a casa. La criada había dispuesto la cena y los niños estaban vestidos con pulcritud para sentarse a la mesa; en pocos minutos, aparecería mi abuelo, hombre de costumbres y horarios muy rígidos. Sus jornadas laborales comprendían desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche; así, excepto navidades, Semana Santa y alguna que otra festividad religiosa, fechas en que ni siquiera acudía a dirigir aquella oficina bancaria; legaba sus funciones a un subordinado. Nunca faltó, eso sí, su columna publicada en *La Unión Mercantil*, diario de los conservadores católicos malagueños, salvo las tres únicas ocasiones del año en que no se editaba el periódico. Mi padre recordaba el repiqueteo de las teclas tras la puerta que cerraba el despacho de mi abuelo, presidido por un retrato del día de su boda y un crucifijo negro con algún borde quemado, restos de la Guerra Civil. Aquellas pocas ocasiones en que la Rémington sonaba por el patio interior, mi padre, incluso, oía cantar a mi abuela por los pasillos, la comida sabía alegre y la casa se acostaba más luminosa. Murió con mediana edad mi abuelo, Juan José Relosillas, pero quedó su familia en buena situación económica, modesta, aunque sin penurias. Legó para el futuro su obra y pocas incógnitas sobre su biografía.

Cierto día de verano, mi padre decidió tomar una cerveza en un bar al que no solía acudir. En la barra, un par de personas discutían junto a él; mi padre no les prestaba atención.

-Eso que dices no tiene sentido, Tomás; ha habido muchos como él en Málaga ¿no?

-Hasta, ahora, y demostradme lo contrario, el mejor articulista fue mi padre. De columna diaria ¿eh? Otra cosa es que uno comulgue o no con sus ideas. Recordadme

otro mejor que mi padre, venga, nombradme uno de aquella época. –Vociferaba con bravuconería.

Mi padre, persona taciturna, ante el grado de pasión que aquel parroquiano gastaba para discutir tema tan inusual en las tertulias tabernarias, quiso saber el nombre que defendía, por si hubiera pertenecido al reducido círculo amistoso de mi abuelo, varios escritores de los años cincuenta en Málaga.

-Perdone, señor, no he podido evitar oír su comentario ¿Quién era su padre?

-El mejor articulista de Málaga, Juan José Relosillas Mellado.

A mi padre le temblaron las piernas y le cambió el gesto; miraba a los ojos de aquel tipo intentando descubrir el chiste o el juego que se proponía.

-Mire usted, como broma no tiene gracia. –Dijo solemne-. Soy el hijo de Juan José Relosillas y no le consiento que mencione usted a mi padre.

Al hombre del bar se le alegró el gesto.

-¡Hermano! –Lo abrazó mientras mi padre forcejeaba para que lo soltara; aquel tipo era grande y corpulento.

-¿Qué dice usted? –Mi padre temía una bronca de barra. El bar entero miraba.

-Sí, hombre, sí. –Bajó el tono, casi hasta la confidencia-. Tú te llamas Emilio, tu hermana Esperanza, y tu madre, doña Encarnación Romero López. Papá me habló mucho de vosotros. Yo sabía que tú ignorabas mi existencia y la de mi madre, doña Mercedes Salazar; yo me llamo Tomás y llevo los apellidos de mi madre, Salazar Valero. Papá nos prohibió que nos acercáramos a vosotros bajo ninguna circunstancia y hemos respetado su voluntad. Pero si aceptas las casualidades, podríamos sentarnos y charlar un poco.

Mi padre, aturdido, aceptó compartir con aquel desconocido una mesa alejada de los curiosos que comentaban el incidente en voz baja y con desparpajo.

-Papá venía casi todos los días a casa, ya sabes lo metódico que era. Imagino que tendría sus dificultades, y más con la moral de aquella época en que a la gente le gustaba controlar las vidas ajenas. Las navidades, por ejemplo, las celebrábamos unos días más tarde que el resto del mundo. Papá le daba a mi madre un dinero extra y, así, podía preparar una comida especial. A papá le gustaba ponerme a leer su artículo sentado sobre sus piernas. Hombre, las fiestas sin él eran tristes y yo lo pasaba mal de niño; no entendía por qué no estaba con nosotros. Mi madre me decía que papá viajaba; inventó familia en San Sebastián. Cuando murió, acudimos a su entierro el día siguiente. A los dos meses, ingresé en el Seminario de aquí de Málaga; mi madre cosía para la calle y, luego, en los años sesenta, trabajó en una fábrica de hilaturas; yo me salí del Seminario y con los ahorros -que no sé cómo los consiguió mi pobre madre- estudié Derecho en Granada. Hoy tengo un bufete con varios socios. ¿Sabes? Mi madre siempre quiso a papá y le guardó luto durante toda su vida; ahora, hace cinco años que murió, la pobre.

Mi padre llegó serio a casa; adujo que le dolía la cabeza y que el calor lo había malhumorado, apenas comió gazpacho y fue esquivo con las preguntas preocupadas de mi madre y de mi abuela, que vivía con nosotros. Cuando finalizó el almuerzo, pidió a su madre que por favor lo acompañara; tenía que hablar con ella. Yo, niño curioso, había localizado una rejilla de calefacción que comunicaba dos habitaciones y oí toda la conversación. Mi abuela lloraba.

-¿Qué os hubiera contado? ¿Que tu padre mantenía dos casas? A mí me daba vergüenza pero la vida, entonces, funcionaba así. Yo casi era una niña cuando me casé, y me enteré de eso años después. Tu padre tenía ese carácter. Además, cállate; si tú has pasado vergüenza, no sabes la que yo pasaba, ni lo que lloré. ¿Qué iba a reprocharle a tu padre?

-Pero alguna vez, en todos estos años, algo podrías haber dicho, porque tú conocías lo del otro. -Alzó la voz mi padre.

-Sí. Claro que lo sabía, le estuve enviando dinero a la madre para que pudiera estudiar su hijo. Bastante tenía, la pobre con lo que tenía. Hablamos con D. Eduardo, mi confesor, para que ingresaran al chico en el Seminario. Era él quien se encargaba de entregarle una cantidad de dinero que yo le pasaba cada tres meses. Don Eduardo también seguía la vida de esa familia. Era una buena mujer. Sólo la vi aquella vez en la misa de difuntos por tu padre, y al chico nunca lo conocí. Yo tenía todo eso enterrado, ni siquiera sabía si seguían viviendo en Málaga, ella era del norte, creo.

Mi padre continuó con sus preguntas y mi abuela se calmó; según pude saber, mi padre, cada ciertas semanas, pasaba por aquel bar del que su hermano era asiduo y charlaban e, incluso, almorzaron juntos en alguna ocasión. También acudieron para conocerlo mi tía Esperanza y mi madre. Mi abuela Encarna prefirió no ir; podía llevarse una impresión muy fuerte porque no había duda de la paternidad de mi abuelo; comentaban que se parecía muchísimo a él pero con un carácter más afable y alegre.

Siempre he estado convencido de que mi abuela sentía lástima por aquella mujer, despreciada por la sociedad de aquellos años, a pesar de que esa otra evitara un conflicto sexual a la legítima.

Mi abuela se casó en 1935 con diecisiete años. Católica, apostólica e ilusionada. Mi abuelo era mayor; con treinta, un hombre tenía que sentar la cabeza, adoptar responsabilidades, es decir, mostrar su estatus social, fundar una familia, tener hijos, disfrutar de la rutina y la calma hogareñas. Poco antes de la boda, mi bisabuela, instruiría a su hija con las nociones de sexualidad que, en su día, le confiaron a ella. “Déjate hacer, hija mía; entrégate, y piensa en la Virgen María en todo momento”. Noche de bodas. Una jovencita sentada en la cama, nerviosa y ruborizada; el marido, medio borracho, aún, del banquete apura un cigarro cubano dentro de la habitación; con parsimonia, deshace el nudo de la corbata y desabrocha su chaleco. Sabe que esta niña

no es como las suripantas de Tetuán, donde hizo el servicio militar y adquirió su experiencia con las mujeres. Esta es limpia; no pasará tan buen rato como en aquellos burdeles, pero ella es la sagrada, ninguna perversión cabe en aquel lecho; nada de contarle chistes soeces, ni acariciarla, ni lamerla, ni quitarle las medias a bocados. Esta es la sagrada madre de sus futuros herederos. Silencio. Para lo demás, buscará alguna.

La niña sale en camisón del servicio; pide con risa nerviosa a su esposo que apague la luz. En la oscuridad, breves besos en los labios, la mano brusca que palpa entre las piernas, para ir alzando el camisón y el hombre que gira sobre ella hasta caer encima. Gime. El marido se excita, aunque se contiene y la penetra poco a poco. Aquello duele a la chica, no es como alguna amiga le había comentado. El esposo considera que hay que acelerar la cadencia; la chica se contrae dolorida. Aquel rito invoca su deber, la consumación marital; no puede decir nada, ni quejarse siquiera. Calla. Gime un poco con los labios apretados. El hombre cabalga con más fuerza. Ella llora. “Santa María, madre de Dios”. El marido cae extenuado, como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Tras unos segundos, se tumba a su lado, desea a la nueva esposa buenas noches, la besa en la frente y se abraza a ella que, confusa, recibe aquel gesto como muestra de ternura. En pocos minutos, la recién casada, oye la bronca respiración, el sueño del macho con quien compartirá toda la vida. Permanece quieta con los ojos fijos en el techo. Siente la necesidad de ir al retrete, de su vagina fluye un poco de sangre mezclada con esperma que limpia en la palangana con agua fría. El débito conyugal. “Dios te salve María, llena eres de gracia”.

Mi abuela sentía pena por quien supo que la liberaba de aquella labor. Siempre sería la denostada por cuantos descubrieran la relación ilegal que mantenía. Aquella mujer, pilar de la paz doméstica, ni siquiera pudo asistir al entierro del padre de su hijo.

Ana Líbar

Por las noches, Ana Líbar mecanografiaba un buen número de secretos, miedos e indecisiones a un tal “Zowi”, nombre que desplegaba una inmensa capacidad de comprensión y ternura en cada respuesta. Ana, su rostro iluminado por la luz tenue del ordenador esperaba, confusa, la apertura de esa ventanilla particular que la confortase desde el ángulo superior de la pantalla: “Buenas noches, cariño. ¿Qué tal tu día?” Durante el rato en que permaneciera ante aquel altar, prohibió a Melchor, su marido, que entrase en el despacho: “No tienes derecho a invadir mi intimidad; no hago nada malo, sólo hablo con otra gente, y quiero sentirme libre en mi propia casa”. Melchor aceptaba; no comprendía bien las nuevas obsesiones de su mujer, de pronto inflexible con el horario nocturno que ordenaba el hogar, y obsesiva hasta el extremo de diseñar una incómoda disposición de los muebles en el estudio para que su mesa se situara frente a la puerta; nadie leería sus escritos sobre el hombro aunque entrase inadvertido. Su esposo, a veces, la oía reír; aquello lo desconcertaba; tampoco sabía cómo quejarse del malestar provocado por un sentimiento sin origen preciso. Justificaba aquellos hábitos como un paliativo a la monotonía doméstica. Desde que iniciaron la convivencia, Ana se sumió en el cuidado de los hijos y en el trabajo. Su pareja padecía una jornada y sueldo de esclavitud, nunca regresaba antes de las nueve de la noche; desde un primer momento, voluntaria, cargó sobre sí las responsabilidades del funcionamiento doméstico mucho más allá de un reparto equitativo. Melchor no iba a prohibirle una expansión tan inocente, ni tampoco se mostraría celoso ante sus relaciones fantasmagóricas con un teclado. “Lo mismo, eso del *chat* es un programa mediante el que la propia máquina inventa un personaje. Vete a ver”. Ana comenzó a notarse extraña en sus relaciones conyugales. Nunca se había planteado las actitudes de su marido hacia ella, ni qué la atrajo hacia sus brazos cuando se conocieron; ahora, lo

comparaba con Zowi y Melchor razonaba sus opiniones de un modo tan simple que carecían de interés. Ana jugó con veneno. Después de cada sesión en su ciber-mundo, memorizaba algunos argumentos de Zowi y, en cuanto le era posible, proponía las mismas preguntas a Melchor. Las respuestas encauzaban lo evidente; no es que su marido hubiera mermado su capacidad de exposición con el tiempo, sino que Zowi le iluminaba enfoques de lo cotidiano mucho más atractivos y acordes con ideas que Ana intuía, aunque nunca las hubiera sabido expresar. Una tarde de primavera, se atrevió:

-Creo que estoy enamorada, Zowi.

-¿De quién, Ana?

-De ti, mi vida.

-

-

-

-¿Estás ahí, o te has caído, Zowi? ¿Te has caído?

-No. Estoy aquí, Ana. Estoy llorando, mi vida.

-¿Por qué, Zowi?

-Me ha emocionado mucho, Ana. Déjame que te hable. Yo nunca he enamorado a nadie. Ahora me da miedo lo que me dices. Tú desconoces muchas cosas, casi todo de mí. Me da miedo.

-Pero, Zowi, me siento bien contigo. Creo que deberíamos vernos, si tú quieres.

-No, Ana, no creo que aún sea conveniente. Por favor, no.

Tras su declaración, Ana pensaba risueña en él a cada instante; hacía meses que le concedió voz y rostro supuestos; no le importaba cómo fuese, presa por su gracia, inteligencia y, sobre todo, la integridad moral que traslucían sus juicios sobre los sucesos públicos de la jornada.

De aquellas conversaciones iniciales, cuando la charla explora esas coincidencias que justificarían futuros contactos, Ana recordaba que Zowi era jefe de escaparates y decoración exterior en un comercio de muebles. Su correo “a_lopezveg@lafde.es” delató por casualidad su lugar exacto de trabajo; la enamorada descubrió una dirección electrónica parecida en el anuncio a toda página que editó un periódico de ámbito internacional: “La factoría del descanso”; enorme almacén de Madrid donde se podían comprar a un precio excelente, aunque elevado, los mejores sofás, sillones, sillas, y dormitorios. Suponía una gran responsabilidad mullir para el sueño aquellos escaparates que brillaban en las fotos. Ana comenzó una colección de reportajes publicitarios. Melchor, ante esta impetuosa devoción de su mujer por la tapicería, miraba al tresillo con una cierta conmiseración; poco tiempo le quedaba en aquella sala, desplazado por uno nuevo de firma prestigiosa. Por su aniversario, para confirmar su solidez, la empresa felicitó a sus clientes a través de la prensa especializada. Con una amplia sonrisa y en cuidado orden, aparecían los directivos y responsables retratados en la escalera de la fachada principal, tras un sofá blanco donde dormía un bebé junto a tres perrillos y un gato. “Nuestros mejores avales”. Ana estaba segura de saber quién era Zowi. Tan cuidadoso con el nudo de la corbata, con la honestidad que denotaba su rostro de ojos vivaces ante la fuerte luz de aquel día. Un encanto. Ese cartel dibujaba el secreto naipe triunfador de Ana hasta que decidiera lanzarlo sobre el tapete.

El verano familiar, las vacaciones, la demasiada injerencia de los hijos, y el poco contacto con su amado, la pusieron nerviosa. Sus vivencias conyugales se limitaron a satisfacer apenas los impulsos fisiológicos que su marido manifestara; durante el coito sentía pena de ambos. Aquella mañana otoñal, por esa determinación abrupta a la que conduce el amor, en vez de dirigirse hacia el trabajo, tomó la carretera de Madrid con la

euforia de la música a todo volumen y el ansia de llegar que la impelían por un reguero de reflexiones incoherentes. ¿Qué haría cuando viera a Zowi? Anotaba mil cosas que decirle en situaciones diferentes. Tras cinco horas de viaje, se detuvo frente a la empresa; faltaban treinta minutos para el cierre del almuerzo. Aguardó en la puerta un rato; en aquellos momentos le hubiera gustado fumar, las agujas del reloj parecerían más rápidas. Entró. Una nave enorme, mayor de lo que ella había pensado; anduvo veloz, entre dormitorios de cartón piedra y chimeneas simuladas, rechazó las ofertas de guía de tres vendedores y dos vendedoras. Los altavoces avisaron del cierre inminente; se angustió, no podría encontrarse con Zowi hasta las cuatro de la tarde. Al fin lo vio. Con el mismo traje y peinado que en la fotografía, alisaba la colcha de una cama; sin duda, le gustaba supervisar por sí mismo la imagen que exhibía el género. Ana se acercó; sus piernas temblaban. Sonrió al verla y se ajustó el nudo de la corbata.

-Estamos a punto de cerrar, señora.

- Zowi, soy Ana Líbar. –El hombre mantuvo su sonrisa.

-Señora, soy Lorenzo, Lorenzo Silva; si en algo puedo ayudarle... No caigo, ahora, en quién es Zowi. –Ana notó cómo le subía la temperatura de las mejillas y un pellizco le apretaba en una zona imprecisa del abdomen- ¿Puedo servirle en algo? -Insistió.

-Busco a alguien del departamento de escaparates y decoración exterior.

-No es aquí, señora, tiene que subir a la segunda planta. La tienda va a cerrar, pero no se preocupe, ellos trabajan con otro horario y, además, tienen su propia puerta de salida.

Ana se dirigió hacia el ascensor como quien, en mitad de un sueño, acude a un examen sin haber estudiado; recordó aquella pesadilla en la que se quedó sin título académico porque desconocía las respuestas. Contuvo las ganas de llorar. No era posible retroceder. Ante el despacho del “Responsable de Decoración Exterior”, bajo la placa que indicaba el cargo, se confirmaron las mejores sospechas de Ana: “A. López

Vega.” Llamó a la puerta. Dentro, una chica con una taza en la mano, de pie frente a un televisor. Ana la reconoció por la foto; una rubia muy guapa situada en la mejor sección visual del grupo.

-Disculpe, quiero hablar con Zowi. -A aquella preciosa mujer se le cayó la taza de las manos.

-¿Ana?

Eduardo Filart

Alimentaba un buen humor más allá del necesario con el sueño de dirigir algún día su propio negocio. Para él, esfuerzo y honradez sostenían la escalera hacia sus pretensiones laborales; cada sábado, compraba una revista de finanzas en la que, tras el análisis de los trucos contables y las fórmulas para especular en la bolsa, se detallaba la hagiografía de un multimillonario, todos luchadores forjados a sí mismos, me explicaba durante el aperitivo de los lunes. “Viajeros de la ilusión a quienes la fe en el progreso los encumbró hasta los paraísos del éxito”, según frase excitada de un articulista.

Una familia foránea llegó al barrio con el final de la primavera. Desayunaban y almorzaban en el bar donde servía Eduardo; pronto se estableció entre ambos una relación afable. Con el establecimiento casi cerrado en el inicio de la tarde, tras el postre, rogaban al patrono y a él que tomaran junto a ellos un coñac caro, o un café especial, cuando lo permitieran sus tareas. Siempre obsequiaron magníficas propinas por las molestias. Eduardo charlaba animoso con ellos; incluso, en una jornada de descanso, lo invitaron a comer en un restaurante de prestigio.

-Pues nosotros -dijo Don Antón Zarretxea- tuvimos que exiliarnos a Sudamérica de jóvenes por motivos políticos. Ya sabes, el final de la dictadura que fue muy difícil; aunque tú eras muy niño para recordarlo. Pero, allí, mi señora y yo tiramos para adelante como pudimos. Sin ayuda de nadie, nos forjamos un capitalito que, luego, invertimos en Uruguay. -A Eduardo no había más que aludirle al sacrificio que desemboca en el triunfo, para hipnotizarlo igual que un adolescente frente a una bailarina de estriptís.- Nosotros podemos vivir, ya, sin trabajar, pero yo no soy de esa clase de personas; yo necesito sentirme vivo, hacer cosas; la verdad es que no comprendo a la juventud de hoy en día; el kifi le quita la ambición, el afán que uno debe

tener para encarar al toro malo de la vida. Yo con tu edad y, en estos tiempos, me comía el mundo ¡Anda que no! Anda, díselo Angustias, anda díselo a Eduardo.

Angustias, su mujer, no respondía, distraída mirando al fondo de la taza; Don Antón solía tronar preguntas retóricas para que nadie le interrumpiera el discurso con la respuesta.

-Mira Eduardo, sin rodeos. Nosotros –Angustias sorbía la taza y contemplaba el techo.- tenemos en Uruguay una finca que es la mayor reserva de palo santo del mundo. Varias organizaciones nos ingresa una respetable cantidad de dinero para que la cuidemos y la conservemos sin talar. Aquí, las fotos que siempre me gusta llevar encima. –Eduardo vio paisajes amplios y atardeceres coloridos con el matrimonio Zarretxea en primer término.- Mira, esto a ti, no te incumbe, pero te lo vamos a contar. Nosotros no vamos a estar toda la vida trabajando para que ahora llegue el Estado y nos robe a base de impuestos; todo para que ellos se chupen el dinero, o lo repartan entre los vagos y delincuentes, que es lo que hacen. Yo sé que tú me comprendes lo que digo. Por esto no estamos bien de liquidez ahora, pero te aseguro que, en breve, nos llegará una remesa buena de dólares desde Uruguay. Nos hemos tenido que venir a Málaga porque dijo el médico de Madrid que a mi señora suegra le convenía el clima y, para mí, lo más importante es la familia; lo demás me trae sin cuidado. Yo ya tengo en la vida todo lo que quiero; hazme caso, amigo Eduardo, si te falta la familia, nada merece la pena. Pero bueno, a lo que íbamos; mira, aquí llevo las escrituras de la finca, en las que puedes comprobar que somos Angustias y yo, los propietarios. ¿Ves? Entonces, cuando disponga de mi dinero, que será dentro de poco, te queremos proponer que vengas a trabajar con nosotros como chófer y responsable de los niños.

-Bueno, yo... -Acertó a decir Eduardo, aturdido por tantos datos y novedades.- Bueno, yo... tengo que pensarlo. No sé... llevo tanto tiempo en el bar que me resulta extraño dejarlo de pronto.

-Mira, hablemos claro. -Cortó con brusquedad de movimientos, D. Antón.- Tú nos gustas mucho para que te conviertas en el encargado de llevar a los niños al colegio, acompañar a Angustias en sus compras y venirte conmigo a los asuntos de negocios; porque eso es otra, tengo importantes cosas que voy a hacer aquí, ya verás... Y tal como está la vida, no puedes contratar a alguien para un puesto de confianza, sin conocerlo. Eduardo, yo sé delante de quién estoy en cuanto lo veo. Tú eres trabajador, responsable y honesto; a mi lado, puedes aprender muchísimo y, ya te digo, si todo va bien, y tú te comportas como sé que lo vas a hacer, esto no es más que un escalón para que luego vueles solo, ya verás. Te abriré los ojos en la vida.

Transcurrieron algunas semanas antes de que Eduardo se tranquilizase y cesara de describir un futuro dulce durante su duermevela y en cada rato ocioso. Los Zarretxea prosiguieron con sus hábitos. No varió la cordialidad con que agasajaban a su ya amigo, pero nunca comentaron la propuesta que los unía. Eduardo me la desveló.

-No sé. ¿Qué quieres que te diga? En caso de que te llame, indícale que tiene que darte de alta en la seguridad social y hacerte un contrato indefinido; pide, también, pagas extra, negocia con claridad los períodos de vacaciones, y un sueldo que te compense el cambio de puesto de trabajo. Si es un hombre de mundo, como dices, lo comprenderá.

Apareció Don Antón por aquella barra a una inusual hora temprana; reclamó, muy serio, la presencia de Eduardo en una mesa apartada y le indicó que se encontraba ya en condiciones para contratarlo, que expusiera sus dudas.

-Hombre, yo... no me puedo ir por las buenas, comprenda que... los años que llevo aquí.

-D. Antón miraba a sus ojos igual que una serpiente a un ratoncillo; Eduardo sentía que le faltaban las fuerzas ante esta encrucijada tan determinante.

-Claro, Eduardo. Vamos a ver, tú cuánto quieres por venirte conmigo.

-Pues, algo más de lo que gano aquí.

-El ochenta por ciento más. -Dijo D. Antón, encendiendo un cigarro y sin mirarlo a la cara.

-Y los papeles tienen que estar en regla, comprenda usted que yo... -D. Antón prestidigitó una tarjeta frente a los ojos de Eduardo.

-Este es mi asesor y contable. Te llegas allí y él te hará los contratos y el alta en la seguridad social. Ya sabes, primero de prueba y luego, indefinido. También cobrarás dos pagas extraordinarias anuales, en diciembre y julio. Mira, si un trabajador no está contento, lo único que tienes junto a ti es un traidor alquilado. Ve esta tarde a la gestoría. Mañana en mi casa a las nueve. Sé puntual.

Se levantó y estrechó la mano de un Eduardo aún confuso por el vértigo ante aquel inesperado horizonte. Don Antón le dio una palmada en el hombro y se fue, sin decir nada. Aquella sensación podría ser comparada a la que viviría un aficionado a la esgrima, por ejemplo, que soñara durante años con el manejo de un florete, hubiera visto cientos de torneos, ensayado con una escobilla todas las posturas y, tras un cerrar de ojos, se encuentra en un estadio con arma de reglamento en la mano, frente a un espadachín olímpico. Aún tenía mucho que aprender del mundo de los negocios.

Días después, me saludó desde un Mercedes, uniformado con un traje azul que compró para sus nuevas labores en una tienda de ropa con firmas internacionales; sólo conservaba alguno viejo para bodas y bautizos. Había firmado un contrato por primera vez en su vida y, con D. Antón conocería cargos importantes que quizás se

transformaran en puente hacia otros caminos. El buen futuro dibujó una sonrisa en la cara de Eduardo que, supongo, mantendría incluso dormido. Ahora, él se encontraba en el otro grupo de personajes del bar, sentado para comer junto a los Zarretxea. Cuando su primer domingo sin obligaciones, se levantó temprano y desperdió, elegante, su mañana sentado en una terraza al sol con varios periódicos sobre la mesa.

La compra de la casa fue una de las tareas urgentes que envolvió a Eduardo; opinaba como uno más por insistencia de sus jefes. Tras muchas visitas, hallaron la que se adecuaba a las posibilidades y al gusto de la familia: jardines, piscina, dormitorios con cuarto de baño y vestidor en la misma habitación, enormes balconadas, columnas recubiertas de mármol, sótano habilitado como bodega, y una barbacoa en el patio. Pertenece al gerente de unos grandes almacenes.

-Mire –dijo D. Antón-, el Estado nos roba como puede y a nosotros nos ha costado muchos sacrificios el dinero que tenemos. Nadie nos regaló nada nunca. -El dueño de la mansión coincidía en todo con su colega de mundo y sensibilidad para el negocio.- Le explico la situación –soltó D. Antón, ofreciéndole un cigarro puro-, a nosotros nos convendría pagarle ochocientos mil, en vez de los quinientos mil. Como usted se las apañe para disimular el sobrante, es cosa suya; porque el dinero se lo entregaremos en efectivo.

D. Antón le relató sus momentáneos problemas de liquidez, le mostró las escrituras y las fotos de Uruguay, le sugirió el tipo de billetes más adecuado para realizar el pago y permitió que el director imaginara el maletín del tesoro, y encendiera, durante los minutos en que duró aquella charla, un montón de cigarrillos que consumió a toda prisa tras el purito.

-Mire –abundó D. Antón-, nosotros estamos acostumbrados a otro nivel de vida. Yo soy una persona de lo más sencilla y familiar; pero he estado siempre trabajando como un

esclavo, y, ahora, me molesta mucho verme sin un hogar cómodo por circunstancias, como la enfermedad de mi pobre suegra. Ya le digo, esto es cuestión de un mes; luego, el pago lo realizo de inmediato y, por supuesto, para que usted no quede indefenso ante cualquier accidente que a mí me pudiera acontecer, le propongo que redactemos un documento en el que indiquemos todo esto que hemos hablado, donde fijemos una fecha para la adquisición de la vivienda y mi compromiso firme para realizar la compra; incluso, si usted quiere, para tranquilidad de los suyos, sobre todo, que yo sé que usted es hombre de acción, como yo, y sabe lo que tiene delante –el director asentía y sonreía halagado-, pues podemos fijar una indemnización para usted mayor que la legal, en caso de que yo me retire de la venta.

Tras varias dudas y alguna leve desavenencia sobre fechas y compensaciones, el director accedió a fijar por escrito el pacto ante el notario y, por hacer un favor a la familia Zarretxea, también consintió en permitirle que se instalara en la casa tras la firma. Convino el mismo comprador en que la redacción del compromiso y la cita en la notaría fueran gestionadas por el propietario del inmueble para su propia seguridad.

-Bueno, amigo, ahora nos tiene que enseñar usted los pequeños trucos de la casa, que todas los tienen. Ah, y habrá que amueblarla en condiciones. Ya que estamos aquí, por qué no hablamos de eso y se encarga usted de enviarnos a los decoradores de su almacén. Nada ostentoso ¿eh? pero eso sí, de calidad; porque el buen mueble clásico es el que dura toda la vida. Aunque el televisor, sí es cierto que me gusta de última generación y grande. Teníamos un General Electric en Uruguay que era una maravilla.

El responsable de los grandes almacenes calculó unos veinticuatro mil euros, para que la casa quedara a su gusto e, incluso, les descubrió métodos para demorar el abono de los bienes adquiridos hasta que les llegara la remesa de dólares. La entrega, sin embargo, no sufriría demora. Los decoradores acudieron para tomar medidas;

Eduardo acompañó a Doña Angustias. Estuvo atento a las ventajas de usar roble inglés en el dormitorio de los niños, o de la caoba para el despacho; aprendió aquel día que, en el reino vegetal, también luchan nobles y plebeyos, o que la palabra “madera” tiene un significado hueco cuando se saben distinguir una de otra.

Después del encuentro ante el notario donde se detalló una compra fraudulenta para las arcas públicas, celebración de los Zarretxea, Eduardo y el vendedor. Consumieron las mejores ostras y percebes, junto con unos "albariños" magníficos; Don Antón invitó con dólares. El nuevo hogar fue amueblado en una semana.

La máquina de conquistar amigos y bienes de D. Antón no podía detenerse. Eduardo y él acudieron a la consulta del Doctor D. Miguel Munitiz-Corvera, famoso especialista en enfermedades relacionadas con el aparato locomotor y huesos. Tras expresar Don Antón todo el asombro que sentía por encontrarse frente a un genio e indicarle cómo su nombre había llegado hasta las tierras uruguayas, donde él era un rico terrateniente, pasó a exponerle su proyecto:

-Mire, Doctor, nuestra idea se resume en construir un paraíso para la tercera edad; un vergel al que acudan mayores de todo el mundo para sanar de los males que los aquejen. Tenemos pensado un centro residencial con quinientas plazas muy bien atendidas, un laboratorio para la investigación del tratamiento, además de las instalaciones de restaurantes, gimnasios y espacios de ocio que, incluso, pueden ser aprovechados para expandir nuestra oferta hacia los servicios comunitarios.

-Bueno, y qué desean ustedes de mí. -Se retrepó en su sillón el doctor, mientras cogía con las puntas de los dedos de ambas manos un lápiz en horizontal sobre la mesa, a la vez que giraba el torso de derecha a izquierda como muñeco de reclamo publicitario, mostrando, así, su alerta.

-Pues mire, doctor -D. Antón se desplazó hacia delante y apoyó la mano derecha sobre la mesa del médico como gato que fuera a saltar sobre él-, esto exige una inversión de muchos millones de euros, lo tengo todo calculado aquí -le enseñó un libro blanco-. He preguntado en Estados Unidos, en otras partes de España y en Europa; la opinión de todo el mundo es unánime: El mejor especialista en ese campo es Munítiz-Corvera de Málaga. Como le digo, este proyecto exige una enorme cantidad de millones que yo no me arriesgo a invertir si usted no lo dirige.

Munítiz detuvo el vaivén, bajó el lápiz hasta la pierna con una mano y con la otra cubrió apenas su boca y barbilla. Ambos contrincantes permanecían en silencio, mirándose a los ojos, igual que búfalos antes del ataque. D. Antón inició la refriega.

-Mire, doctor, yo no tengo que trabajar más en mi vida y usted, si quiere, supongo que tampoco; ambos continuamos en el tajo porque usted y yo somos de una pasta especial, de los que caen en su puesto porque disfrutan con lo que hacen. Yo tengo depositada una gran ilusión en este proyecto; es de los negocios que a uno le llenan de orgullo. Pero cualquier capitán no pilota este barco, por eso le digo que quiero al mejor para que me ayude, y ese es usted. Respecto al dinero, no se preocupe; durante la fase de construcción, usted dispondrá de honorarios por asesoría para, luego, como director, disfrutar de muchos más incentivos, beneficios y sueldo.

-Hombre, la verdad, es que el proyecto es ilusionador y casi un sueño para un médico de mi especialidad, que tendría allí un campo de investigación muy amplio. Le confieso que muchas veces había imaginado construir algo parecido, pero me falta la experiencia en negocios que veo que usted exhibe. Pero comprenda que debo pensarlo bien para exponerle mis condiciones de un modo razonado.

-¿Por qué no hacemos una cosa? Organizo una fiesta para inaugurar mi casa y nos gustaría que usted y su pareja, si tiene, vinieran a conocer nuestro hogar y allí hablamos de los pormenores. Yo ya lo veo en el avión, mi comandante.

Eduardo notó serio a su jefe durante el recorrido por la ciudad; tras una media hora de silencio, le habló desde el asiento trasero del coche:

-Quiero pedirte un favor.

-¿Sí, don Antón?

-Verás, en la entrevista con el médico me he dado cuenta de una minucia que yo sé que tiene su importancia y, en estas cuestiones de negocios, muchas veces, los detalles consiguen el triunfo. En la tarjeta de visita, sólo aparece el número del teléfono móvil y eso causa un mal efecto, siembra la duda; pero, por otro lado, nosotros no podemos aún figurar en la guía de teléfonos, ni debe nadie descubrir movimientos de dinero a cualquier cuenta. Ya sabes. Lo que te ruego es que, si no tienes ningún inconveniente, el teléfono figure a tu nombre. ¿Me concederías este favor?

Eduardo se vio atrapado; un recibo a su nombre desagrada a cualquiera, más con aval en su cuenta corriente; pero, según sus convicciones, estaba obligado a devolver a su jefe la inscripción como alumno privilegiado en su academia particular de la vida.

-Claro, si puedo echarle una mano cuente con ello, don Antón. -Se dirigieron hacia la oficina de telefonía cercana para abreviar el plazo de trámites.

El globo de las componendas ascendía igual que la luna al fondo de una pesadilla, enorme pero tenebrosa con cada soplo que D. Antón insuflaba. La siguiente visita se dirigió al Ayuntamiento de Almenilla del Guadalhorce, creciente ciudad dormitorio de Málaga, donde el terreno rústico se recalificaba como urbanizable a ritmo de saqueo soldadesco. Su alcalde, D. Juan Carlos Orozco, cultivaba la imagen de político independiente y emprendedor. Igual que todos los nuevos ricos de su pueblo, no

se debía a nadie, ni a su ideología, ni a su propia conciencia siquiera, ante cualquier posible beneficio. No quiso D. Antón que Eduardo presenciara esa entrevista con el representante de los ciudadanos; lo envió a por unos arriates a un famoso vivero próximo. Don Antón regresó muy contento hacia casa.

Varias noches después, reían frente a su barbacoa el doctor Munitiz, y el alcalde Orozco. Eduardo, vestido con camisa hawaiana tostaba carnes y verdura sobre los carbones blancos, mientras el anfitrión desplegaba su capacidad para narrar anécdotas chistosas y su dominio de las múltiples vanidades humanas. -“A nosotros, es que nos gusta este ambiente familiar” -Insistía.

En una mesa junto a la piscina, charlaban sin mucho interés, D.^a Angustias y dos jovencitas rubias teñidas, sendas acompañantes del doctor y del alcalde. Eduardo sólo oyó partes de las conversaciones porque, a veces, D. Antón elevaba la voz como recurso oratorio.

-Pues es lo que le quiero explicar, aquí al doctor, que la operación es segura pero porque él la avale con su nombre... Tú no te preocupes por la oposición esa de políticos vagos y maleantes, que tu nombre no aparece y soy yo el que invierto, no te preocupes; lo que sucede es que ahora no tengo liquidez para comprar directamente los terrenos... Yo hablaré con el dueño de la finca, eso me lo dejas a mí. Que le comuniquen mañana que no se le recalifica el terreno... Mira, doctor, yo creo que es lo que más te conviene porque eres el emblema de nuestro maravilloso proyecto... Tú nos los das en efectivo y no te pillan, igual que vamos a hacer Juan Carlos y yo... El primer año, tenemos ya un beneficio entre plusvalías e ingresos de un treinta por ciento. El primer año ¿eh? después mucho más... Yo puedo vivir sin trabajar, perfectamente, pero es que nosotros somos de otro modo, no como los jóvenes de hoy en día.

Luego, cantaron himnos falangistas aprendidos en su juventud y se dirigieron hacia la mesa donde ya cenaban las mujeres. Demasiado alcohol. Eduardo se marchó aquella noche con cierta acidez en sus espejismos de porvenir. El final de la fiesta transcurrió en la piscina con las rubias desnudas realizando largos y cabriolas en el agua, a la vez que los señores brindaban por el éxito, por sus lejanos ideales, y por el amor al trabajo. Quedaban inauguradas las lecciones fundamentales para Eduardo.

Con los restos del sarao aún en el rumor de la media mañana, el gerente del almacén de objetos lujosos llamó a la puerta de esa casa que aún le pertenecía. Reclamaba los pagos o la devolución de muebles e inmueble junto con indemnizaciones. D. Antón lo detuvo igual que si alguien hubiera corrido una plancha de cristal blindado ante su carrera.

-¿Qué pensarán tus jefes si yo les hago llegar el documento de venta que firmaste? Alguien seguro que quiere tu cargo. Además ¿le has dado crédito a un tipo que, según tú, es un estafador? Y ¿Hacienda? Yo tengo mi dinero en el extranjero, pero esto es un fraude que te supondrá una investigación. Así, que conviene que te tranquilices esperes mi llamada que se producirá en cuestión de un mes, porque han surgido algunos contratiempos. Mientras tanto, no vuelvas a entrar aquí dando voces que somos una familia decente. ¿Vale? -Le dio la espalda sin aguardar respuesta.- Eduardo, acompaña al señor a la salida, por favor, y que no dé un portazo.

Regresaron a la consulta del doctor Munítiz.

-Perdona que te moleste, pero es que tengo un problema. Me tienes que prestar 18.000 euros porque no me ha llegado dinero desde Uruguay; y necesito ese dinero para completar una parte que me falta en la compra de la parcela. Convencí al dueño pero desconfía, y no puedo pedírselo al alcalde porque no dispone ahora de efectivo en negro; por eso me veo obligado a recurrir a ti, socio. Si quieres, te firmo ahora un

pagaré, pero conviene que sea todo entre nosotros, aunque, te digo una cosa, tardo nada en devolvértelo, ordené ya una complicada transferencia a través de Nassau, pero los movimientos transcurren con alguna demora.

Munítiz ensalzó la amistad y el camino común por donde discurrían, adujo la innecesaria redacción de un recibo entre caballeros, y extrajo de un cajón blindado tres sobres con billetes. Abrazos, y mutua exaltación de la confianza. La siguiente cita, sin Eduardo presente, se dirigió hacia el despacho de Orozco. Por la tarde, sí condujo a ambos negociantes hasta una finca cercana. El dueño -un hombre muy mayor- bajó de una escalera desde donde fumigaba naranjos y charló un rato con ellos; Eduardo permanecía dentro del coche. Después, D. Antón instruyó al alcalde.

-No te preocupes que la firma de cesión de acciones a nombre de tu mujer, la efectuaremos más tarde. Tú pásame los 18.000 euros en billetes que no sean fáciles de seguir y yo me encargo del resto. Tu misión, ya sabes: que el terreno sea declarado de utilidad pública; como es un caso claro, no pueden decirte nada desde la oposición. Que a la sociedad le guste tu trayectoria como alcalde y te contrate como directivo, no constituye ni una falta siquiera.

El destino burla al deseo. Aquella misma noche, cuando Eduardo reconsideraba un malestar creciente que, con su hélice desde el estómago susurraba insatisfacciones, llegó un conocido que se marchaba a Panamá junto a una novia caribeña; pretendía ceder a Eduardo un pequeño restaurante equipado por un precio muy atractivo; a cambio la transacción debía ser realizada en un plazo breve; no se fiaba de la mulata que ya había partido desde aquí para acomodar la nueva vida común de ambos.

-Disculpe, D. Antón, quiero hablar con usted. Necesito que me pague el sueldo que me debe.

-Eduardo, no imaginas lo que sufro que llevemos más de un mes sin abonarte tu nómina, pero sabes que no atravesamos un buen momento financiero; los dólares que deberían de haberme remitido desde Uruguay, no han llegado y, además, tengo que realizar una serie de inversiones. He querido que me acompañaras en todo momento para que conocieras los recovecos de la negociación, para que comprendas en qué punto nos encontramos y porque tengo pensados nuevos proyectos que tú podrías conducir, sin duda, y que todos nos beneficiemos de nuestras tareas.

-Muchas gracias, D. Antón, si yo le estoy agradecido y casi me da vergüenza reclamarle el sueldo con pocos días de retraso.

-¡De ninguna manera, Eduardo! ¡Nunca te dé vergüenza pedir lo que te pertenece! ¡Hazme caso, que tú eres buena persona, pero no imaginas la manada de despiadados que transita las calles!

-Pero verá usted, es que el dinero me hace falta porque un vecino me cede un local por mucho menos de su valor en el mercado. Quiere liquidarlo pronto y sin problemas futuros, por eso ha acudido a mí. Mi ilusión sería regentar en algunos años mi propio negocio; había pensado en entregarle ahora la paga del mes completa, además de solicitar un préstamo al banco, que devolvería con el alquiler que durante un tiempo me va a pagar un primo mío.

-¡Anda! ¡Anda! ¿Cómo vas a pedir un préstamo? ¿Tú crees que las buenas operaciones se desarrollan así? No te preocupes, yo te enseñaré. Mira, aquí en España no se usa, pero en Italia existe la fórmula de aval bancario que es muy interesante. ¿Cuánto te hace falta?

-Veinticuatro mil euros.

-Ya puestos, mejor pide treinta mil. Mira, Eduardo, por casualidad vuelo a Roma en breve para conseguir avales con los que enfrentarme a estos retrasos que arrastro en los

pagos de aquí. ¡No sabes tú lo que a mí me supone una deuda! No duermo. Entonces, tú entregas, ahora, en efectivo el diez por ciento de la operación y me aportas las fotocopias de las escrituras del local, el contrato privado de compra y un certificado de Hacienda de que el inmueble no sufre cargas impositivas y, otro, donde se especifique que no se encuentra sujeto a embargo ni hipotecas. El banco te ingresa el dinero y te fija una cuota que, en este caso, serán alrededor de unos cien euros mensuales, la titularidad de la operación será del banco, tienes que realizar todos los trámites con la entidad crediticia y notario que ellos designen aquí en España y si, algún día, quieres eliminar la deuda, liquidas lo que debes y punto. ¿Que no? pues pagas un pequeño alquiler de por vida, pero nadie puede echarte de allí. ¿Lo ves? Todo ventajas. El problema es que me tendrías que dar tres mil euros para que yo los ingresara en Roma.

Los padres de Eduardo buscaron el dinero, y él, tal como había oído en boca de Munítiz, no se atrevió a pedir la firma de su jefe en un recibo. En el aeropuerto D. Antón le concedió unas cortas vacaciones; eso sí, con el encargo de que limpiase el coche bien por dentro y por fuera. No calculaba cuánto lo demorarían sus negocios de Roma; regresaría cuanto antes. Doña Angustias aprovechaba la ausencia de su esposo para recoger a su madre en Madrid, se dirigía hacia allí en tren junto con los niños. Doña Angustias le rogó que vigilara la casa de vez en cuando. “Me voy muy tranquila porque te encargues tú.” Las horas transcurrieron inquietas y ociosas; en cualquier lugar, Eduardo calculaba planes al tiempo que ahuyentaba de los trazos algunos tintes oscuros que se escurrían como gotas entre grietas. Si su jefe moría en accidente aéreo, no podría reclamar nada a sus herederos. En caso de que no le concedieran los avales, tal vez su amigo no esperaría, impelido por la desconfianza hacia la morena. La óptica se enturbiaba con un vaho de inquietudes. Procuraría que esos enfoques negativos no torciesen el equilibrio necesario ante a esta situación.

Su padre entró en el dormitorio con el gesto preocupado: “Dos policías preguntan por ti”. Aguardaban serios de pie en el salón igual que ejecutivos de multinacional.

-Díganme. –Titubeó, hechas las presentaciones reglamentarias, y un poco menos tensos ya sentados en el sofá: “Tenientes Morales y Valcárcel”.

-Mire, Eduardo, venimos a hablar con usted porque sabemos que no tiene nada que ver en todo esto –el agente lo escudriñaba con ojos de entomólogo ante su pieza-. Usted trabaja para Antón Zarretxea y espero que no le deba a usted ningún dinero porque, si es así, délo por perdido.

Eduardo percibió un leve movimiento involuntario en sus piernas, el estómago se contrajo y un sudor abundante le recorrió manos y frente. El coche circulaba con matrícula falsa, oculto a un embargo judicial. Ambos funcionarios rastreaban las andanzas de los Zarretxea desde hacía tiempo, pero no lograban su captura por una ausencia casi total de denuncias; las interpuestas se referían a engaños por cantidades exiguas. Siempre actuaban del mismo modo, pero esta vez habían huido más rápido de lo habitual, por lo que sospechaban el logro de un botín significativo o alguna amenaza. Aconsejaron a Eduardo que les narrase todo lo que supiera; él les explicó el asunto de los avales italianos y su sueldo; para la ley, aquella suma no representaba gran quebranto; no obstante, era conveniente que acudiera a declarar lo antes posible.

Eduardo pagó, involuntario, un curso intensivo sobre la naturaleza humana; el timador, como el virus, busca la rendija que le abra paso hacia la personalidad de la víctima; después analiza e introduce el veneno paralizante, las variaciones son escasas: poder, fama y sexo tejen los inevitables lazos que capturan la voluntad. Incluso, el asceta que emigra al desierto o a las montañas busca, en el fondo, la diferencia sobre los demás; un modo de fama privada, de egolatría que se circunscribe a un universo íntimo,

un cantante ante la sola expectación de su espejo. El engañador profesional condensa en sí un psicólogo y antropólogo a un tiempo, especialista en las múltiples miserias que configuran cualquier personalidad.

Eduardo tardó en reponerse de los golpes morales y monetarios. Cuarenta y ocho horas después, tuvo ánimo para dirigirse a la comisaría y detallar los hechos. Cuando regresó a casa, algo más tranquilo, como un disparo, una abultada factura de la compañía telefónica en el buzón, junto con un oficio donde le informaban de las acciones legales emprendidas contra él por deudor. Siempre la lleva en el bolsillo, y cuenta la historia a quien se sienta a su lado.

Luis Carlos

En aquel bar de Conil con decoración étnica, ella nos pedía el mechero una y otra vez. Ante la puerta de los servicios, Luis Carlos creyó que pretendía venderle marihuana o así, cuando se alzó la falda. “Déjame que te llame Peter. Eres igual que él. Hazme el amor”. Al menos, el retrete no olía demasiado mal. “Adiós Peter. Nunca he dejado de quererte. Adiós.” Luis Carlos nos contó la experiencia días después, camino ya hacia Málaga.

Amós Berenguer

No escatimaba en lujos para su despacho, ni para su secretaria, a quien uniformó con boina roja, falda tubo y medias de red sobre tacón cubano. Su esposa, doña Amanda Ferrer, disfrutaba tanto de los gustos de su marido que ella misma iba de compras con Nicolette, que así apodaron a Paqui, su secretaria. El subdirector general, D. Saturnino Incháustegui, ante una asamblea de accionistas, acusó a D. Amós en presencia de su señora, de ser un despilfarrador y un libertino que ponía en peligro la necesaria y saludable credibilidad de nuestra entidad financiera. Durante el discurso, enfebrecido con un minucioso balance del dispendio suntuario durante el último ejercicio, el matrimonio urgió una orden a Nicolette que salió diligente de aquella sala con las miradas del accionariado masculino y parte del femenino fijas en el movimiento pendular de su precioso culo. Sonrisas y bisbiseos jocosos.

Aquella diatriba de Incháustegui duraba ya más de media hora. Amós sonreía. Nicolette regresó para sentarse entre sus jefes. Cuando el subdirector general concluyó sus bravatas, y mientras ordenaba sus documentos, sobre la pantalla gigante comenzó la proyección de una película muda en la que nuestro vigilante moral, señor Incháustegui, corría desnudo por una habitación rematado por dos orejas rosas de conejito; el cazador, un mastín guiado por alguien de rostro oculto tras cuero negro, después de unos segundos de incertidumbre, montó con ímpetu por detrás a su presa según indicaciones del amo. Los rumores crecieron en aquel salón hasta transformarse en ruido; pero D. Saturnino miraba sólo a las cuartillas que cuadraba con parsimonia en su carpeta, tan pagado de sí que suponía aquel escándalo promovido por sus revelaciones. Cuando alzó con extrañeza los ojos hacia las imágenes que detrás de él gozaban aquel inusual rito, un infarto lo puso de rodillas. Mayor confusión. El servicio médico corría por el pasillo con el doliente cuando Don Amós subió a la tribuna: “Señores, mi esposa y yo hemos dado

la orden de vender, de inmediato, todas nuestras acciones de este banco y de las empresas que se relacionan con él. Considérenme despedido sin indemnización, por supuesto. Muchas gracias”.

Durante unos segundos, silencio. Don Amós encendía un puro, tranquilo hacia la salida trasera del escenario. El caos, los gritos y carreras. Entre Amós Berenguer y su señora, sobre todo, ella, poseían más del ocho por ciento de los títulos de la entidad y más del veinte, de muchas corporaciones vinculadas a ella. Nadie quiso correr el riesgo de que una bajada general mermase su patrimonio o, incluso, lo arruinara. Las órdenes de venta colapsaron las centralitas de los principales agentes de bolsa, con lo que el banco bajó en minutos más del dieciocho por ciento de su cotización. Los jefes con caras compungidas incluso olvidaron la salud de Incháustegui. Los accionistas significativos habían salvado el capital con ciertas pérdidas que, vistas las circunstancias, fueron enfocadas como un mal menor. Culparon a la cúpula directiva, que comenzó a recibir insultos de personas a las que se debían someter. Peor suerte parecía aguardar al pequeño accionista que, aislado en su comercio u oficina no pudo actuar; ni siquiera nosotros supimos la catástrofe que sobrevenía.

En dos horas, las acciones remontaron su valor a un ritmo galopante. Estaban siendo compradas y nadie, en su juicio, permitiría que huyeran las porciones de un banco solvente que fluctuaban a precios de saldo; nueva escalada que elevó el precio de la empresa por encima del inicial. Los grandes accionistas adquirieron caro lo vendido barato. Poco antes del cierre de sesión, de nuevo ventas; algo pasaba pero no se sabía qué. Nadie abandona los futuros beneficios de una empresa prestigiosa como aquella, por lo que los gestores relevantes optaron por la compra. Al final de la jornada, el banco se encontró en el índice de apertura, pero sus vaivenes dibujaron un perfil con dientes agudos sobre el que se habían desgarrado muchos bolsillos.

Era falso el anuncio de Amós Berenguer; nunca vendió. Sin embargo, el pánico que sus amigos traidores profesaban al dinero actuó como detonante de aquel huracán bursátil. D. Amós, paciente, se limitó a comprar baratas y ofrecer caras las acciones a quienes urdieron para él esas redes donde al final encontraron su precipicio. Escapó incólume de los pleitos que le plantearon; sus estrategias produjeron una cadena de despidos entre los altos cargos de la empresa, junto con la jubilación anticipada de Incháustegui. La última noticia que conocimos de él, su esposa y Nicolette, fue por una foto que, desde La Martinica, remitieron los tres a Eulogio, limpiabotas con quien Amós discutía de pesca y finanzas, su consejero honorario e independiente, como justificaba una tarjeta de plata que exhibía ante cualquier joven ejecutivo inexperto, después de escupirle en los zapatos.

Alejandro Cordero

La desgracia apuesta con dados tramposos. El chico murió en brazos de su novia por aquel mal corte. El jefe de la banda se ocultó diez días; según su hermana pequeña, no cesaba de llorar; la madre lo achacó a un mal de amores. Apenas nos conocíamos; cuando la policía lo detuvo, me miró antes de entrar en el coche camuflado. Nunca revelé en el barrio todo el miedo que enturbiaba sus ojos. Tras su salida de la cárcel, nadie volvió a enfrentarse con él.

Amable Saavedra

Su voz de niña silabeaba un serio inconveniente por haber ingresado en un instituto de enseñanzas medias masculino. Alguien lo llamó “Barbi” el primer día en aquel grupo donde cada alumno delimitaba su terreno frente a los demás como supervivientes al fin de la civilización. Un profesor faltó cierta tarde, pocas semanas después de que se inaugurase el curso 1977-78. Nadie vigilaba nuestros momentos de ocio; algunos se dirigieron al bar, otros al gimnasio para jugar un partido, de fútbol por supuesto, y otros permanecimos en el aula. Llovía. Barbi estudiaba. Vestía un abrigo con capucha del que nunca se separaba porque ya lo rajaron con una navaja; el culpable nunca confesó; entre todos pagamos una prenda nueva y luego le dimos una breve paliza a la salida del Centro; unos golpes. Barbi se sentaba solo en el pupitre próximo a la mesa del profesor; nunca atendía a nuestras voces ni a nuestros insultos. Demostraba una gran capacidad para aislarse del entorno.

Un ratón asomó su hocico entre las rendijas de la pared y el Monta (Montañés Briones, Alfonso) con gran pericia quebró de un tizazo su rostro diminuto; sangraba mucho aquel animalillo. Lo recogimos con un papel y el Monta lo depositó ya muerto con suavidad en la capucha de Barbi. Le dijimos que tenía algo en su abrigo, que habíamos visto cómo saltaba un objeto hacia él; introdujo su mano, flexionado el brazo hacia atrás, y chilló con un tono agudo de señorita sorprendida. Reíamos con exageración grotesca y cómplice. Corría hacia el despacho del director a la vez que contoneaba sus caderas, con el abrigo mortaja del ratón en una bolsa. Cuando el director llegó aún continuaban las risotadas. “¿Quién ha sido el salvaje que ha hecho esto?” Gritó con gestos de amenaza, a la vez que encaraba hacia todos la capucha con el roedor allí arropado. Silencio. “¿Quién ha sido?” Ladró, como quien no dispone de más recursos. “Lo voy a averiguar. Sois muy pocos y os aseguro una expulsión colectiva”.

Silencio. El Barbi, junto al director con los brazos cruzados y un rictus en la boca que desplazaba sus labios rígidos hacia la comisura derecha, parecía una señora enfadada con su pescadero. Sentí ganas de reírme; no podía hacerlo y unas leves convulsiones desembocaron, después de muchos esfuerzos, en una carcajada contenida que, como chorro involuntario, brotaba oculto tras un compañero; cuando alcé los ojos, sólo vi la bofetada del director, D. Primitivo. “¿Te vas a reír de mí? ¡Te vas a reír de tu puta madre!”. No cesaban sus palmetazos. Yo, sin control sobre mi risa, me protegía la cara camino del pasillo externo. Pensé en mis padres y la segura expulsión del Centro.

-D. Primitivo, fui yo quien echó el ratón a Saavedra. –Sonó la voz firme del Monta.

Aún llegaron algunos bofetones por inercia, antes de que D. Primitivo se volviera hacia él. Jadeaba.

-¿Así, que fue usted?

-Sí señor.

-¡Levántese para contestarme!

-Señor, me va a expulsar usted, por lo que no me voy a levantar y si se le ocurre pegarme, piense que no tengo nada que perder. -El tono monocorde de Monta revelaba la seguridad de sus intenciones.

-Muy bien, señor Montañés, usted lo ha querido, queda expulsado de este instituto; recoja sus cosas ahora mismo o llamo a la policía.

D. Primitivo refunfuñó algo entre dientes y se marchó deprisa. La reacción fue inmediata, el Monta se lanzó hacia el Barbi, dobló su brazo y lo volcó contra una banca; le retorció el codo mientras escenificaba una violación anal. “¿Ahora qué maricón Barbi? ¿A quién le vas a chivatar ahora?” Amable Saavedra gritó del dolor. Montañés lo volvió de frente y lo golpeó en la boca varias veces con el puño bien cerrado. Nadie se movió de su silla. Las manos de Saavedra se alzaron en total silencio

igual que si una muñeca de trapo con los ojos muy abiertos mostrara su rendición sobre el tablero de la mesa. Saavedra se deslizó hasta el suelo inconsciente por un último cabezazo en el pómulo. Nadie se quiso acercar. El Monta recogió sus pertenencias. Todos lo mirábamos; no había reproches, tampoco lamentos por su marcha. “Bueno, hasta la vista, chicos, me voy a trabajar a la obra con mi padre. ¡Ah! Si este maricón chivata algo, me lo decís que vengo y lo mato”. A los pocos minutos, Barbi se levantó, fue a los servicios y se incorporó a la siguiente clase sin decir nada de lo sucedido; cuando un profesor le preguntaba, urdía cualquier excusa: “Un encontronazo durante el partido de baloncesto.” Creo que a partir de aquel incidente, comenzamos a llamarlo Saavedra.

Bermúdez

Empleado modélico de la oficina 513 en Antequera, aceptó ser transferido a la principal de Málaga. Aquel mismo día, llegó Silvia al departamento de bienes inmuebles, una jefe de comercio trasladada desde Albacete cuya obligación consistía en mostrar a buscadores de posibles baratijas, los pisos y locales de la ciudad reposeídos por el banco. Pocas oportunidades llegan al mercado; ante alguna muy buena, los directores y jefecillos levantan con rapidez la hipoteca y la adquieren para sus negocios privados, algo de lo que se jactan durante los desayunos laborales cuando, ante los subordinados que no accedemos a esas inversiones, enumeran una larga letanía de tantos por ciento, beneficios, amortizaciones, ahorro y demás glosario contable que tanto me molesta oír en mi tiempo libre. Yo ingresé en la plantilla por recomendación de mi padre.

Bermúdez se distinguía entre todos nosotros por sus camisas bien planchadas; siempre a la última moda que exhibieran los grandes almacenes de ofertas. El matrimonio oía misa los domingos con sus dos hijas y paseaba por un parque hasta la hora del almuerzo; tal vez, alguna distracción extraordinaria, como un vino dulce, sentado en una terraza y poco más. Bermúdez encarnaba el eslabón sólido que une la familia al trabajo; expandía un aire hogareño por los despachos. No hablaba con nadie y siempre se movía igual que si realizara muchas tareas al mismo tiempo; releía los informes y circulares varias veces para que creyéramos que afrontaba un exceso de obligaciones. Con ese material inflamable avivó su infierno. La desgraciada suerte de que se cumplan nuestros deseos; algún jefecillo comprendió lo mal que se encontraba Bermúdez en su nuevo puesto; se veía asfixiado y torpe para descifrar los formularios informatizados por lo que lo trasladaron junto a Silvia; allí desarrollaría labores más

variadas e, incluso, tendría que mostrar fincas o inscribir alguna nota en los Registros de la Propiedad.

-Queremos que se encuentre aquí como en casa, Bermúdez. Después del traslado, sólo nos faltaría que enfermase usted. –Confraternizó el jefe de sección, mientras le daba palmaditas en la espalda. Mire, aquella es Silvia, la encargada de operaciones inmobiliarias, su responsable. Gana en el cambio ¿Eh? ¿Eh? –El jefe golpeó con más fuerza y soltó una carcajada.

Bermúdez se quedó mirando cómo su nueva superior hacía fotocopias. Traje oscuro con falda, tacón mediano y pelo rizado, con tinte rubio. Se acercó sin que ella lo notara.

-¿Doña Silvia? –Lanzó como si fueran dos dados.

-Sí. Usted es Bermúdez, ¿no? Encantada. Va a ser usted mi ayudante. –Estrechó su mano llena de anillos y pulseras; sus uñas brillaban rojo-sangre a juego con el lápiz de labios. Aquel saludo se hizo eterno a Bermúdez.

Las nuevas tareas llegaron a buen término con normalidad y eficacia durante algunos meses. Bermúdez gestionaba con rapidez los documentos encomendados por su nueva jefe, siempre seria y distante, pero agradecida con la diligencia de su subordinado. Quizás aprendió esa actitud en un curso para mandos: “Controle su mascota”, o un nombre similar. El número de morosos aumentó en aquel período; la economía iba mal y los bancos no atesoran piedad, ni comprensión que no estén basadas en avales tangibles. Silvia cada vez salía más a la calle y, por su pobre conocimiento de la ciudad, rogó a Bermúdez que la acompañara; algunos días, se demoraban más de una hora en los atascos. Él aspiraba el perfume de su compañera con discreción mientras charlaban sobre balances y resultados trimestrales. Silvia miraba por la ventanilla y se acariciaba con suavidad el muslo; el tintineo de las pulseras combinaba maléfico con el

rojo de las uñas. Bermúdez no oía sus comentarios. En alguna ocasión, pensó que lo había descubierto absorto con la mirada fija en su rodilla, entonces articulaba un discurso desatentado sobre la palanca de cambios, o acerca de lo mal que funcionan los coches de la empresa, como si estuviera inspeccionándolo. Silvia volvía a contemplar el paisaje.

Un día, camino de su casa, Bermúdez compró a su esposa un juego de pulseras, siete, con un magnífico baño de oro del que la dependiente aseguró que no se oxidaría.

-Muchas gracias, cariño. Son preciosas.

-Póntelas, anda.

Bermúdez confirió un cierto deje imperativo a su voz, lejos de la habitual sugerencia. Las manos de Clarita no eran las de Silvia. Aquella noche, Bermúdez se atrevió.

-Ponte las pulseras.

Clarita se rió por la ocurrencia de su marido. Bermúdez cerró los ojos y tuvo un pronto y fuerte orgasmo. Luego, durmió abrazado a su pareja como si fuera un arcón protegido por una banda de ladrones. Clarita se sentía contenta por el detalle y la noche junto a su marido. Por la mañana fue a la peluquería y a la manicura. Uñas “bermellón-París”; sonaba bien. Bermúdez había tenido una mala jornada en el banco; solicitó un extracto de cuenta con un apellido erróneo y eso retrasó una hora la venta de un inmueble. Silvia le llamó la atención, contundente pero con amabilidad. No sucedería más. Cuando Clarita le sirvió la sopa, el nuevo color de pelo y peinado, junto con aquella muñeca ensortijada y uñas de porcelana provocaron su efecto. Nunca Bermúdez había mirado lúbrico a Clarita. Ambos fueron al colegio para recoger a las niñas, que notaron un inusual tono de alegría en sus padres; aquella tarde, se permitieron llevarlas a una pastelería infantil y comprarles un surtido especial de la casa.

Los compañeros bromeábamos sobre la cara de felicidad que se le había dibujado a Bermúdez bajo el mandato de su nueva jefe. Comentarios jocosos sobre la ausencia de ambos y el contento que reflejaban sus rostros. Silvia, además, jubiló una serie de trajes de aire marcial con gama de colores oscura y dio paso a los tonos rojizos, celestes y claros; los tacones se fueron alargando y el pelo adquirió reflejos rubios y rojos. Aquel despacho huía del necesario camuflaje gris que otorga el prestigio de la tristeza a las instituciones serias. La monotonía erige el presidio. Cinco días a la semana, ocho horas menos treinta minutos para desayunar, doscientas quince jornadas laborales, cuarenta años. Iguales caras, salvo entierros y aniversarios de fundación; los mismos olores de idénticos desinfectantes de la limpieza vespertina; los soniquetes de fotocopiadoras, grapadoras, abrir y cerrar de cajones, expedientes y puertas; el ritual cadencioso de levantarse para ir al servicio, a beber agua, a mirar algo, o a fumar un cigarrillo. En mitad de la condena, cualquier pequeña variación destaca igual que una mancha cuando la primera cita con la novia. Desde luego, los compañeros no desperdiciaríamos los cambios pausados, pero evidentes, que lucían el aspecto exterior e interior de Bermúdez y Silvia, por lo que se convirtieron en el venero inagotable de charla y chistes durante nuestros desayunos; incluso, fueron utilizados como método de aproximación a los jefecillos, por la hermandad que genera el descifrar iguales secretos, o seguir a un determinado equipo de fútbol. Los superiores, a su vez, comentaban ante Bermúdez el estridente color de sus nuevas corbatas, o lo agradable que amanecía la mañana para dar una vueltecita con la jefe, refiriéndose a Silvia; lo que provocaba entre sus subordinados una cadena de guiños e hilaridad discreta que los aludidos nunca comprendían. La ingenuidad de la víctima.

Clarita iba siendo conducida, poco a poco, por Bermúdez hacia una estética lejana a la medida con que se debe regir la esposa de un empleado de banca solvente.

Collares, pendientes grandes, pulseras y anillos de manos y pies, se hicieron hueco en su tocador y durante los momentos íntimos con su marido. Las niñas respiraban felicidad durante la cena, y en las salidas con sus padres. Bermúdez, incluso, acarició en un sex-shop las cajas con vestidos de lencería fina, verde, negra, champaña, blanca, con tanga, con medias, con pelucas; saboreó la aridez en la garganta que provoca la presencia de lo prohibido. El matrimonio Bermúdez comenzó a levantarse los domingos más tarde del horario diocesano; sus indumentarias festivas mudaron desde los vestiditos atildados, a los vaqueros y ropa deportiva; el ahorro escrupuloso fue sustituido por un leve dispendio en excursiones, cines y comidas rápidas. Los padres contemplaban con una sonrisa las marcas de ketchup sobre las camisetas infantiles. El traslado a la capital supuso una bendición para la familia.

Primera navidad fuera del pueblo. La navidad hilvana un cúmulo de fechas traicionero. Compras de última hora y propósitos de enmienda se mezclan en cóctel inestable con nostalgias, arrepentimientos y diarreas; a pesar de estos fastidios, el ser humano necesita estos festejos como parcelas para los límites difusos del universo. Incluso dentro del río de ilusiones que representa el tiempo, señalamos un punto, volandero como todas las muescas cronológicas, para proponer a la suerte que se fije en nosotros; el fin de año como aduana inmaterial de la buena fortuna.

Comida de empresa con discurso del jefe, sorteo de una cesta colmada de espumillón y reparto de lotería entre todos los compañeros. Navidades del oficinista. Bermúdez y Silvia se sentaron en mesas diferentes; durante los brindis se miraban y ofrecían las copas en alto con gran regocijo en sordina del resto de los comensales que aprovechábamos para transmitirnos gestos pueriles. Era el primer almuerzo que organizaba el nuevo conglomerado bancario, por lo que contrató los servicios de un hotel con grandes salones donde cupiéramos todos los empleados y, sin desplazarnos,

dispusiéramos de la discoteca del establecimiento con alcohol gratis y melodías comerciales de feria. Ni una palabra de recuerdo para quienes la entidad había despedido. Bajé a beber. Un grupo de compañeras bailaba entre sí ritmos caribeños. Me fijé en algunas a las que no conocía; con las muchas copas ingeridas, todas parecían bellezas a quienes abordar como un carroñero; además, me espoleaba un cierto desenfreno entre ellas; contaban chistes sobre la eyaculación precoz y los atributos masculinos. Silvia se había atrevido con unos zapatos de fantasía con mucho tacón y un espectacular dorado de uñas que brillaba como los rombos de sus medias de red; se acercó hasta la barra junto a mí para pedir un ron-limón al camarero.

-Hola –me atreví-. Estás guapísima y voy a tener que decirte una barbaridad. –Di una carcajada estentórea para subrayar el sentido jocoso de la frase. Sonrió sin ganas.

-Pues nada –respondió al vacío-, aquí, para refrescarme con una copa.

Retumbaba un soniquete machacón americano. Me concentré en su olor; usaba almizcle. Excitante. Se miraba en el espejo al fondo de la barra; movió la melena y su roce sobre mi hombro traspasó la chaqueta. Una mujer preciosa.

-Hasta luego. –Marchó pendulando su culo como una vampiresa de película canalla. Movía las caderas según las vibraciones que expelían los altavoces de tonos graves.

A los pocos minutos, con una amplia sonrisa, hablaban Bermúdez y Silvia, licor en mano y euforia. Ella reía con cada palabra y con cada gesto. Se animaron a unos pasos de son cubano; Silvia alzaba un poco su mini-falda para entrelazarse mejor; preciosas piernas entre las que se colaban intermitentes las de Bermúdez. Ramón Solchaga se acercó a mí con el rostro enrojecido rematado por un gorrito cucurucho de cartón decorado; sobre el hombro, confeti que, bajo la luz negra, semejaban gigantescos copos de caspa y vociferaban la fama de sucio que, entre sus cercanos, había cultivado. No imaginé que existieran tantos chistes sobre una pareja clandestina. Sonreía por

compromiso. Disfrutamos un buen rato burlándonos de Bermúdez y de Silvia. Creo que varios grupillos de compañeros ejercían la misma actividad. Las compañeras bailaban.

Marché. Me despedí, lacónico y lisérgico, de los jefes de área. Antes de salir, me dirigí al servicio para vomitar; otros se enjuagaban la boca y se refrescaban la cara con agua; me metí dos dedos hasta el fondo de la garganta. Anduve hacia mi casa dando tumbos de barco desmantelado. Nadie me esperaba; elevaría el listón de mi percepción ética todo lo que permitiera mi cuerpo. En un semáforo vi que, dentro de un taxi, iban muy animados Bermúdez y Silvia; pensé en correr y golpearles el cristal para felicitarles las pascuas, pero opté por un bar aún abierto junto al paso de peatones donde finalizaría mi particular fiesta. Los días navideños son impostores y fulleros. Despliegan un haz de caminos felices ante nosotros que se diluyen como puentes de plata cuando accedemos a cruzarlos. Sales y conoces a gente que expande su alegría por esas barras de copas llenas de nieve artificial y restos de anisados pegajosos. Una chica, de las que también celebren su comida anual, nos embelesará con el cascabeleo blanco de su gorrito. Sentiremos por un momento, el espíritu dulzón de estas fechas hasta que la muñequita risueña vomite sobre nuestro pantalón una mezcla de tinto, cava, pacharán y varios güisquis, tras balbucear que accedía a que durmiéramos en su casa. Noches de urgencias, disculpas e intercambios de números telefónicos. Silvia no tenía teléfono; aunque el conductor detuvo el coche a tiempo, el pantalón de Bermúdez quedó manchado; sin embargo, fue la redecilla de las medias la que capturó mayores trozos de pescado y algo de verdura poco masticada. Pero habían salido juntos y animados sin que se supiera hacia dónde y esa fue la estampa que permaneció entre los corrillos de la empresa.

La rutina enreda igual que la ropa electrizada al polvo; su ausencia nos cuelga como pelusa que titila sobre el abrigo. En algún movimiento, su mecánica repetitiva nos

encarcela e impide que disfrutemos el desorden de las jornadas libres, con sus horarios amables sobre los fluidos del cuerpo y la alegría. Regreso al banco tras unas breves vacaciones durante las que pensé en que, quizás, me conviniera una relación como la que mantenían Bermúdez y Silvia; ambos en el mismo lugar de trabajo, con gustos y preocupaciones similares. Tal vez, fuera acertado. No sé; no tenía un criterio sobre ello, pero confieso que sentía envidia cuando los veía en el despacho, cada uno atento a su documentación pero juntos al menos. Silvia había cambiado su estilo de maquillaje leve, por uno ostentoso que le dibujaba un aspecto más agresivo y alegre. Llegó sosa a la oficina y, ahora, derrochaba sabor. Bermúdez abundó en la modernidad del corte de sus trajes y el color de las corbatas. Ocasiones hubo, en que despertó comentarios malhumorados de los jefes sobre su apariencia de heredero del banco, o representante artístico. Felices. Al menos, eso pensaba yo; aunque no supe cómo encajar un encuentro en aquel rompecabezas inestable.

Los casados tristes escapan, mediante mil excusas, del corral: visitas a amigos enfermos, burocracia, partidos de fútbol para ver con los compañeros, tenis, golf, ejercicios aeróbicos, próstata, podólogo, seborrea; en fin, dilatadas caminatas o interminables tardes en la cafetería, solos, mirando con desgana a las chicas que cruzan el escaparate; una especie de antesala que diluye el abstracto futuro imperfecto. Yo, divorciado, también huía de casa. Una de aquellas tardes, pasé frente a un club de baile de salón y lecciones de ritmos caribeños. Las mujeres bailan; considero que los hombres en general, no, a menos que deseen conocer a una chica, entonces contorsionan cualquier paso de moda. Juzgo natural que las mujeres acudan a ese tipo de academias, pero los varones, en mi iconografía íntima, allí delatan su condición de buitre de cualquier criatura que se contonee.

Este era el método del triste Benjamín que no atesoraba gracia ninguna, ni conversación, ni mundo visto. Sólo sabía bailar. Con una mujer entre sus brazos, lucía todos los ritmos de etiqueta y sarao. La elegida se volteaba como la estrella del lugar durante unos instantes y él, promotor de aquellas hazañas melódicas, era recompensado más tarde, mientras en el corazón femenino aleteara aún el compás de la noche. De aquella escuela de danzas, salió Bermúdez vestido por un largo abrigo negro y una bufanda blanca con un aire de profesional del tango, a las nueve de la noche de un mes de enero. De su brazo, una rubia, Silvia, sin duda; su peinado, sus tacones y el color de sus ropas, pero algo no me aseguraba su identidad. No pude resistirlo, imaginé que se encaminarían hacia el cruce de la esquina siguiente; por fortuna, aquella manzana de casas era reducida, corrí en dirección contraria para encontrármelos en el vértice diagonal donde estaba el semáforo; un coche de policía lentificó el paso cuando me vio a toda prisa; también tropecé con una señora que me insultó aunque sin mayores consecuencias; por fin, antes de doblar la esquina, me sosegué y anduve, intentando disimular el jadeo. La reconocí por una foto sobre la mesa de Bermúdez, Clarita, su esposa, a la que alguna vez había elogiado en público como la mejor cocinera de besugo al horno. Aquello me desconcertó tanto que no lo comenté a los compañeros; conjeturé varias historias sucias sobre la estrategia que urdía Bermúdez. ¿O Silvia? ¿Sería Silvia la que imitaba el aspecto de Clarita? ¿Formaban un trío y jugaban a las gemelas atraídas hasta la cama del canalla danzarín? Demasiadas explicaciones para relatar mi descubrimiento a los compañeros en media hora sindical de desayuno.

Durante los meses siguientes espíe la salida de aquellos alumnos; pero las tardes comenzaban a ser largas y el miedo a que me descubrieran me hizo desistir de la vigilancia. Aquellos luminosos días mediterráneos provocaron la desgracia de Bermúdez. El banco embargó un precioso apartamento en Torremolinos; primera línea

de playa, amueblado con gusto y lujo, cuatro dormitorios, un cuarto de baño con jacuzzi, dos aseos más, enorme terraza, vistas al mar desde casi todas las habitaciones y un precio contenido para quien no fuera un simple asalariado. Silvia y Bermúdez acudían con frecuencia a aquel apartamento, ultimaban unos detalles de recibos impagados a la contribución urbana, al catastro y en el Registro de la Propiedad; además, tenían que fotografiarlo y dibujar unos croquis para poder venderlo a los pocos clientes destacados a quienes fuera ofrecido con exclusividad, casi como un regalo de la empresa. Un gran negocio revendible por mucho más de lo que costaría. La directiva indicó que llenaran la nevera con cava, refrescos e, incluso, encargó a una confitería una bandeja de canapés diaria; las limpiadoras de una sucursal próxima bruñían todas las noches aquella joya cimentada. Don Justo Gálvez, director de Recursos Financieros, el poderoso capitán general de todos, comentó a su señora las excelencias inversoras de aquel inmueble. D. Justo estaba a punto de jubilarse en Madrid, y la Costa troquelaba un apetecible nido para la vejez. Voló en el avión de la entidad hasta Málaga; una comitiva compuesta por seis coches repletos de cargos de empaque corrió hacia el aeropuerto privado para recogerlo. Don Justo era conocido por su mal carácter con los subordinados y porque, aunque no avisara su llegada, exigía siempre recepciones suntuosas. La secretaria anunciaba su presencia en la ciudad a la que se dirigieran minutos antes de la hora estimada de aterrizaje. Don Justo tenía fama de mala persona y eso le encantaba. El interventor de nuestra oficina entró alterado en el despacho de Silvia, buscó las llaves y le ordenó que ella mostrara el piso. Don Justo saludó a todo el mundo con una cierta displicencia; su mujer, más amable, explicó el agitado vuelo, las turbulencias y la aerofagia, tormento de D. Justo y sus acompañantes de confianza. Silvia corrió los cerrojos y pasaron todos los directores. Abrió las puertas que separaban recibidor y salón. Los gritos de aquella mujer que pedía “más”, “más” y ordenaba

“sigue”, “sigue”, “no pares”, azoraron a aquel cortejo que se miraba incrédulo. D. Justo se lanzó con cara de perro hacia la habitación desde la que manaba aquel río fónico de placer. Bermúdez y Clarita lo miraban con pánico. Silvia se desmayó; suponemos que cuando se encontró con una mujer desnuda, su réplica casi exacta.

FIN